REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO II — BUENOS AIRES, OCTUBRE 6 DE 1934 — No. 61

VISTO y OIDO ★ Rey por Tres Días y Tres Noches ★ por PREMIANI

En las ESTATUILLAS originales de TANAGRA se conservan restos de los COLORES que usaban en su VESTIMENTA las MUJERES de la CIUDAD. Las MUJERES LIBRES eran una INSTITUCION OFICIAL y vestían MANTO ROSA con una FRANJA AMARILLA.



En SIAM, durante determinada época del año se acostumbra elegir por TRES DIAS, entre los habitantes, un REY que en su corto reinado tiene, sin embargo, las mismas prerrogativas que el monarca permanente.



La PRIMERA ACADEMIA de MUSICA de BUENOS AIRES se inauguró el 1º de OCTUBRE de 1882, en los ALTOS de la CASA del TRIBUNAL de COMERCIO, y fué dirigida por el eclesiástico ANTONIO PICAZARRI.

El novelista WALTER SCOTT consideró en 1809 una QUIMERA, ALUMBRAR con GAS las POBLACIONES. Luego fué PRESIDENTE de una COMPAÑIA de GAS de LONDRES.

En BEELITZ (BRANDENBURGO) hay un CEMENTERIO de PAJAROS.





El PAJARO del RINOCERONTE es el ALIVIO de este INMENSO CUADRUPEDO: le elimina las GARRAPATAS que lo ponen FURIOSO.

ÑACUNDÁ



UN día cualquiera, la Nazaria, con la hija en ancas y un atadazo de ropa por delante, apareció en la estancia de don Plácido Cascudo. La madre conchabóse en calidad de cocinera. La hija para trabajitos varios: ordeñar vacas, emparejar los pisos terreros que las gallinas escarbaban, lavar en el arroyo próximo, y especialmente, con el alba, después de la siesta y antes de la cena, acarrearle amargos al patrón, que los consumía sin apuro y con majestad... Invariablemente se conchababan juntas. No podían hacerlo en carácter individual, porque... era menester vigilar los retozos excesivos, las inmotivadas viarazas, los impulsos cimarrones, los confusos, turbulentos sueños de la Leovina que pisaba ya esa sinuosa frontera donde se confunde tan fácilmente lo infántil con lo adulto; la razón lógica y la locura; la carcajada eufórica y el sollozo convulsivo. Porque vaya a saber qué sucesión de desaparecidas, inadaptables tribus sobreviviéndose en cada célula de la madre, acumulando, concentrando su limo atávico, su herencia fatalista, rugen las impaciencias de la hija en la edad en que lo animal, lo instintivo, intentan arrasar los hábitos del ser evolucionado. Es que, demonios burlescos y obscenos, monstruosos duendes de los que acechan en el monte, en los malezales, en los barrancos, bullen en el alma de la Nazaria, en la que son posibles aun todas las sugestiones terroríficas de la selva indígena. Y por eso la mestiza decrépita ha de espiar continuamente a la mestiza nueva. Ha de constatar sus menores actos; intervenir en sus conversaciones e investigar sus estados cerebrales; moderar sus irreflexivos entusiasmos, reprimiendo esos frecuentes atolondramientos, eje común de las acciones, cuando el ciego, irrefrenable instinto se pone casi absoluto. Ah, ningún tingazú de mal agüero o zorro ladrón le arrebatará a la muchacha, porque ella no la dejará un solo instante! Y ante todo, eso proponíase la madre: sofrenarla a su debido tiempo, no fuese a quebrarse la boca a la luego ya no sirven para cabamanera de los baguales que llo de andar, ni para tirar del carretón o del arado, sino para comer pastos y retozar con la manada salvaje. Precisamente esto quería evitar la madre: la involución de la hija hacia el libertinaje nómada... Se extremecía al sólo pensamiento de que entre los positivistas... entre peones, la incauta Leovina pudiera pisar en falso. Más bien, antes que una mujer demasiado obsequiosa, demasiado mansa, preferíala indómita, agresiva cual una bestia hermosa criada exclusivamente a monte. De ahí que jamás la sombra de la madre apartárase de la sombra de la hija. Regularmente, esa había sido la causa de que las despidieran de los pretéritos conchabos. Por andar pastoreando a la mocetona, más de una vez la vieja dejó que el asado se redujese a carbón, el locro a cenizas; que los choclos se convirtieran en tizones, o que la leche se alzase apagando el fuego. Fornida, de ojos oscuros, dormilones; de fácil risa y suave índole era la muchacha. Y claro está, que siendo una soberbia potranca, agradábale sobremanera relincharse con los varones, fuesen de la edad y la categoría que fuesen. Quizás para ella esto no pasaba de inocentes ejercicios, de pueriles simulacros de mujer. Pero la madre no lo entendía así. Como uno de esos ubícuos, extraordinarios seres, pretendía estar en dos sitios a la vez, desdoblándose mágicamente para mejor espiar a la mocetona. Mas, como no había nacido con el don de la ubicüidad, lógico era que dejase abrasar el asado y rasgar las ollas de tres patas en el fuego. Y si por un instante perdía el contacto físico o visual con la hija, atropelladamente, derramando copiosa transpiración, hipando, ahogándose en la superabundancia de sebo y grasa, trotaba de aquí para allá con el grotesco andar del pato sebado, vociferando alarmadísima:

—¡Leovina... Leovina!

Y la nítida, juvenil, simpática voz de la pollona, traviesamente le respondía:

—Pero mama, no sea autera, pues. Tuavía no me he escapao enancada en un parejero.

—Yo te viá dar juir enancada, mocosa insolente... Y, ¿en qué estás?

—Ocupada.

—Chiquilina de porra. Pero, ¿ocupada en qué?

—Cebándole mate a don Plácido.

—¡Ah!, hubieras hablao.

—¿Me necesita?

—No... este... seguí nomás en tu ocupación. Cuando se te empiece a enfriar el agua, tráite la pava que ya tengo otra cuasi por hervir.

—Ta bien, mama; no la vaya a ladiar del fuego, que yo voy a dir.

Y, lerdamente, aliviada ya del sofocón padecido, Nazaria regresaba a su cocina, como el perro que regresa a su covacha cumplido el espionaje. Entonces reanudaba la interrumpida tarea de quebrar leñitas, freir grasa blanca de carnero y revolver la mazamorra con el veterano palo de higuera. Don Plácido, el patrón, aunque era un hombre todavía robusto, a pesar de su avanzada vetustez, no le inspiraba recelo alguno. ¡Qué!, si podía ser el abuelo de la Leovina. Y, en realidad, el anciano no tenía más que bondadosas palabras para la cachorra, por más que en determinados momentos, los ojos del viejo se confundieron con los de un aguará que arteramente acecha. Y, ¿qué? Si se permitiera alguna agachada con la mocetona, era el patrón y sabía respetar, para que a su vez lo respetasen. ¡Ah, pero que a la Nazaria no le hablasen de los mensuales! Tratárase de bizarros jóvenes o de vejancones entecados, cuerudos, ella experimentaba un frenético odio, un odio realmente patológico... Y entre esos hombres, uno era el más abominado de todos: Iñigo Zarza, que sólo respondía al apodo de Ñacundá, aludiendo al pájaro de ese nombre por creérsele idéntico en lo físico y en lo psíquico sin duda. Con sus ojos pequeños, hundidos, animados de astucia india, ¿qué revelador indicio había sorprendido ella entre su hija y el esmirriado, sumiso peón? Nada que pudiera alimentar la sospecha más fútil. Ñacundá no andaba como otros atisbando a la pollona, furtivamente, ya por los galpones, las pilas de leña, los bretes de las lecheras o entre los juncos del cercano arroyo. Ñacundá era tan escaso de palabras como mísero de habilidades y atractivos masculinos. Su aspecto, más que el de un hombre en la plenitud de su fuerza, era el de un pájaro insignificante, de plumaje indigente, sin notable voz y carente de cualidades morales que lo distinguiera de los otros desvalidos sujetos de la chusma ornitológica. Ave de transición quizás, producto híbrido entre la catadura espantable del magnífico ñacurutú y la arrogancia del feroz aguilucho de las rocas. Cierto que Iñigo Zarza, como el ñacundá, no se alimentaba de bichitos atrapados en los campos de pastoreo y rastrojos, pero aceptaba pacientemente y con sonrisa de reconocimiento, el peor soquete de espinazo de carnero que le tiraban en el plato de latón, o la presa de asado que los perros miraban con desprecio. Y también a su plato iban a parar los duraznos podridos, las sandías pasmadas; los trozos de zapallo helado que los cerdos hubiesen devorado glotonamente en su condición de basureros del reino animal, que desde siglos y siglos comparten con los cuervos. Y la Leovina, cuzcona al fin, que siempre hallaba la rendija por donde escapar momentáneamente a la tenaz vigilancia de la madre, al sólo objeto de chancearse con los demás hombres, nunca se daba maña en llegar hasta Ñacundá Al igual que la carne jugosa y la fruta deseada, tampoco hasta él llegaban al parecer, las provocativas sonrisas, las miradas francamente incitantes que infunden coraje al más cobarde en lances sentimentales e imprimen una violencia insólita al ritmo del corazón. Todas esas gollerías, esos escarceos de la hembra apta ya para las funciones de la pasión reproductora o del amor espiritual, parecían no hechas para regalo de aquel hombre nímio. Sin embargo, en un atardecer de cielo rojo y viento cálido, cumplida su tarea, Ñacundá se dirige hacia el sauce de ramas verdes y lacias, a cuya sombra el patrón ha pasado largas horas de molicie aquerenciado a los amargos que con mano diligente y sonrisa humilde, la juvenil cebadora le brinda.

—Qué friega patrón — balbucea tartamudeando Ñacundá — esto de que a uno se le atoren las palabras cuando quiere hablar... Y dispense... qué broma también... Es que dende hace días ando por enterarlo de algo, patrón. Algo que usted no ha cociao. Y no puedo. No lo tengo nunca a tiro... O si lo tengo a tiro, como aura, el coraje se me empaca. Pero, usté dispense, esta güelta tiene que saberlo todo, porque el asunto ha madurao ya... Se está cayendo de la rama.

Por

Julio Vignola Mansilla

★

Ilustración de Rojas

Primero fingió azoramiento el patrón; luego, sonriendo paternalmente dijo:

—Hijito, qué podrás saber vos que yo no sepa.

—Cierto, don Plácido. P[illegible] usté nunca tuve escondijos.

—Vamos a ver lo que [illegible].

—Sí, sí ...carai. Lo q[illegible] a es que yo y... ésta andan[illegible]

—Y, ¿en qué andan, pue[s]...

—Dispense, no. Y qué quiere. Andamos enlucernaos dende hace tiempo.

—¿Pero como cánto hace que entraron de novios, se puede saber?

—Más o menos en seguida que se conchabó ella en la casa... ¿No jué pa la junta del máiz, patrón?

—Será. Será, ¡hum! — después de una pausa, entre juguetón y mordaz, soltó el viejo — Con que habían dentrao de novios y creíban que yo lo ignoraba...

Por espacio de algunos minutos el peón quedóse perplejo. Al último interrog:

—Patrón, y dispense, ¿quién le vino con el soplo?

Y fantaseó don Plácido:

—Bah, pa mi no hay secretos mañeros... ¿Diande? Mirá hijito, taba enterao de todo y esperaba, claro que el pirañ muriese por su propia boca, que es la muerte de los pescaos. Y te viá decir, cuando quieras guardar algo en secreto no te confíes de vos mesmo y echá el ojo al cicutal que te rodea... Es un consejo zonzo el que te doy... pero es un gran consejo. Taba yo una madrugada qoaquí nomás, entre las cicutas, cerca del brete de los terneros... Ella taba ordeñando y vos, de intento le soltaste un ternerito. Brutazo el ternero atropelló a las ubres de la madre y le volcó encima de las polleras el balde de leche a la muchacha. Esta, primero se desbocó, largó cuanta zafaduría se le vino a la lengua y como vos te ráistes de su juria, ella te cruzó la cara con la manea sucia de tierra y bosta. Pasó la tormenta y al ratito nomás se relincharon. ¡La mocedá! Yo pensé dada la experiencia que tengo: estos relinchos van a acabar en acollaramiento... Como si lo viera. Y qué, ¿solamente han de tener ojo clínico los dotores?

Fué entonces que Iñigo, o más propiamente Ñacundá, creando coraje, precipitadamente, como el sujeto maula que sin tomarse aliento, sin hacer puntería [illegible] dos los proyectiles de [illegible] contra cualquier [illegible], le espetó al [illegible] y lo mucho que tiene que decir. Don Plácido [illegible]nificativamente la cabeza, tosió, carraspeó. Ese era el extremo instante, la incógnita. Ñacundá creyó que su patrón iba a desaprobar rudamente en definitiva su conducta y permaneció inmóvil, anhelante la expresión de su cara prognata... En tanto, a pocos pasos de allí, la Leovina, más hábil en el disimulo, furtiva, mañosa, parecía interesarse seriamente por el destino de una oruga de negras y brillantes cerdas, que marchaba con su andar ondulante, trepando hacia la cima del árbol. Y cuando en la fisonomía del viejo, el celaje era más denso, súbitamente se disipó y dijo paternal:

—Ta lindo, hijito. Qué se va a hacer... Ojalá Mboraijú los proteja.

Referíase al dios guaraní del amor. Ñacundá, conocedor de la popular mitología, cándidamente aprobó:

—Y como no, don Plácido, él nos protejerá.

—También yo quiero hacer algo por ustedes — declaró Cascudo y agregó: — Si, pues, es necesario que áura que vas a acollararte me ocupe más de vos. Siempre me ocupé, pero en adelante será más de firme. Porque no haorás pensao en matrimoniarte y anidar en campo ajeno, júramente. ¿Ande vas a encontrar otro Plácido? Y yo, ¿diónde viá sacar otro Ñacundá? Hay que decir las cosas tal cual son, derechistas como palo de álamo. ¿Crees que yo no sé que en esta casa juistes lo mesmo que perro ajeno? Porque todos te aporriaban y yo véia tus trabajos y comportamiento te juí tomando aprecio sin demostrártelo. Entre los guaicuruces que me rodean, vos eras el único que te quedabas calladito, que no cacaviaban dispués de levantar un alambrao; de cueriar una res; de echar abajo un árbol; de carpir el patio. Si, pues, asigún sean los ojos del patrón, se repartirá entre los piones la justicia y la recompensa. Ansí es que, dentro de mi campo hay un puesto reservao pa vos y hay ovejas pa cuidar a medias; y vacas paridas pa lechiar, y un monte de duraznos.

—¡Qué friega, don Plácido! ¿Y cómo le viá pagar tanto favor?

—¡Tanto favor! ¿Pagar! Cállate la boca, hombre. Eso se llama bolaciar, hijito. Decime, ¿pagan los hombres decentes pa que los otros hombres los palanqueén un poco?

—No, patrón... Se dan la mano.

—¿Y qué más?

—Cuando se encuentran empantanaos, se cuartean...

—¿Entonces? ¿Qué tenés que pagarme?

—Cierto, eso sí.

—¿O habías pensao vivir como el pájaro de tu nombre, de isocas, lombrices y langostas verdes cazadas en los surcos?

—A la verdá patrón, había pensao en un rancho muy pobre, techao con pindó, a lo mejor. Y comer... comer lo que se pescara en el Guaiquiraró o las achuras que se alzan en las carniadas.

—Mal hecho haber pensao ansí.

—Cierto, patrón... Pero es que me parecía siempre estar de más en su campo.

—Mal hecho, te repito, mal hecho — y por primera vez dirigióse a la Leovina, que continuaba al parecer absorta en el viaje de la repulsiva oruga. — ¿Y vos, cuñambucú, que no has abierto tuavía el pico?

Y la cuñambucú, o sea la mocetona, sobresaltándose:

—Patrón, yo no sé nada...

Quédase estupefacto el anciano y tras de una pausa pregunta:

—¿Te has enloquecido, mujer? ¿Quiere decir que vas a matrimoniarte con éste y no te has enterao de nada?

—Es que... vea, señor, yo no me enteré de lo que ustedes hablaban. — Entre risueña y arisca confesó la mocetona.

—¡Diantre de mi mujer! — carraspeó el viejo y tornó a indagar nuevamente. — Pero ¿le has dao el sí o no le has dao el sí a Ñacundá?

—Se lo he dao, señor.

—¿Ya le hablastes del asunto a tu madre?

—No... no hay pa qué — afirma resueltamente la Leovina.

—¿Por qué no se lo decís?

—No me daría permiso, señor... Y es muy capaz de agarrarnos a los dos y molernos los güesos a guascazos.

Estruendosamente, hasta ahogarse en accesos de tos, don Plácido ríe.

—¿Tan yarará es tu madre, Leovina?

—Pior que yarará es, patrón, usté no la conoce.

—Ta bien, déjala a tu madre. Yo se lo diré y por yarará que sea, a mí no me negará el consentimiento.

Alegando que el patrón ya demasiado estaba haciendo por ellos, la Leovina convenció a Ñacundá que él y nadie más que él debía enfrentarse a la madre para anunciarque que estaban dispuestos a matrimoniarse, lo aceptara o no como yerno. Y Zarza, persuadido ya de que el trance era inevitable, dijo, confiando quizás excesivamente en la protección de Mboraijú:

—Yo le hablaré entonces... un día de éstos.

Muy cuerdamente el señor Cascudo opinó:

—Tiene que ser áura mesmo, Ñacundá. El fierro no se machaca en frío, pués. Ande se habrá visto.

Y con paso audaz... resueltamente, el pobre hombre se dirigió a la cocina. A los escasos minutos partieron de allí toda clase de imprecaciones y aullidos; terroríficos aullidos de dolor. Era que la Nazaria había arrojado al rostro de Ñacundá una vasija de agua hirviendo.



Museo de la Confusión

★

CON el objeto de amenizar una jornada subterránea, adquirí en cierta ocasión un mamotreto dentro del cual se encerraban algunas composiciones poéticas de largo metraje y de gran aceptación popular en los más desprestigiados suburbios de habla hispana. Como se trataba de un viaje directo entre Plaza de Mayo y Caballito, deseché unos buenos ofrecimientos de enciclopedias completas, obras famosas, tratados de puericultura, interesantes estadísticas ferroviarias donde se llevaba la cuenta exacta del número de personas nacidas en un furgón o muertas en el coche comedor; del porcentaje abrumador de descarrilamientos producidos por personas sin boleto, de la superabundancia de garrapatas en los asientos pullman de los trenes que paran en Liniers, de los casos de fiebre aftosa en la sala de espera, de la cantidad de socios del Kennel Club que viajaron con pasaje de perro entre tal y tal fecha, etc. y mil otras informaciones y problemas que requerían más atención que la poca que yo podía dedicarles en mi breve peregrinaje.

Por este motivo fué que me decidí en favor de algo más adecuado a las circunstancias, adquiriendo un pequeño librejo que ofrecía entre otras cosas un expresivo poema titulado "El tren expreso". Me enteré que su autor era un tal Ramón Campoamor y Campo - Osorio (más bien Osario), nacido en Asturias y académico de la Española. Confieso que de no haber sido por el viaje en cuestión, nada ni nadie me hubiese hecho garpar por un Gaspar Núñez de Arce, un Juan de Dios Pésame, o cualquier otro musáceo o musívoro equivalente, ni cero diez de sistema monetario. El poema del asturiano posee un fuerte argumento a base de una francesa con escorbuto o algo parecido, su anciana madre y un joven galaico dedicado a la emigración. Los tres viajan hacia París.

Durante el viaje entran en relaciones el joven y la parisina. Ella inicia la conversación preguntándole si es español: él saca una servilleta por toda respuesta y luego pregunta ¿y vos, señora? La dama no se hace esperar y absorbiendo una ración de cocaína contesta: je suis franchuta. Como lo principal en todo esto no son precisamente las distintas situaciones y accidentes de los viajeros, sino más bien la forma en que el musáceo los refiere, voy a darle la palabra. Con referencia a cierta noche invernal en que la parisina temblequeaba, informa el bardo:

—¡Tengo frío! — me dijo
[dulcemente
con voz que, más que voz,
[era un balido.

Cualquiera, ante una señorita que utiliza el balido, el rebuzno o el mujido, hubiera abandonado todo intento de conquista como un mísero mujick, pero el Campo-Osario no se da por vencido y sacando una manta zamorana —le tapó aquellos pies que bien podrían— ocultarse en el cáliz de una rosa— según propia confesión, cuando lo lógico era haberle tapado —esa garganta que bien podía —esconderse en un box de Zaragoza—. Kilómetros más adelante, al pasar un túnel, el mancebo peninsular inicia un trabajito y pretende engrupir a la enfermiza con unos cuentos de Homero y Mari-Castaña, relatados con donaire, cuando los que se imponían eran más bien unos cuentos de Mongo y de Mari-Quevedo. Luego comenta el zamorano:

Y ya de nuevo amor en los
[umbrales,
cual si fuese el aliento
[nuestro idioma,
más bien que con voz, con
[las señales,
esta verdad tan grande
[como un templo
la convertí en axioma:
que para dos que se aman
[tiernamente,
ella y yo por ejemplo,
es cosa ya olvidada por
[sabida
que un árbol, una piedra y
[una fuente,
pueden ser el edén de nues-
[tra vida.

Evitando el utilizar el aliento como idioma, lo que nos obligaría a lo mejor a mantener largas conversaciones con personas que dominan varios alientos distintos, hubiera deseado preguntarle al musáceo qué ideas tenía con respecto a un edén, porque esto de suponer que con un árbol, una piedra y una fuente está todo arreglado, me parece un excesivo optimismo. Si la fuente poseyera tallarines o el árbol diera ravioles, se podrían abrigar esperanzas, pero siempre quedaría la piedra obstaculizando los movimientos y dando oportunidad a todos los tropezones.

Lo único sería utilizarla para bajar ravioles del árbol o cazar mantas zamoranas en épocas de chucho y paludismo. El ex académico de la Española nos da una lección gramatical, inmediatamente, diciendo:

Como en amor es credo,
o artículo de fe que yo pro-
clamo,
que en este mundo de pa-
sión y olvido,
o se oye conjugar el verbo
te amo,
o la vida mejor no importa
un bledo;

Confieso decepcionado que este verbo te amo no lo hallé por ninguna parte, y por más que he consultado un sinnúmero de verborragias ignoro a qué conjugación pertenecerá. Por este motivo seguramente tendré que despreciar muchas vidas a muchos Campoamores e incontables académicos, mal que me pese a mi pensar robusto. Como el lector se habrá olvidado ya de los viajeros le diré que el galaico y la desahuciada al término del viaje convienen encontrarse en el mismo furgón un año después. El plazo se cumple y acude a la cita el exportado pero ¡oh dolor! en lugar de la joven parisina sólo aparece una fugaz anciana enlutada que le arroja una carta por la ventanilla. La carta comienza así:

"Mi carta, que es feliz, pues
va a buscaros,
cuenta os dará de la memo-
ria mía,
aquel fantasma soy que, por
gustaros,
juró estar vivo a vuestro la-
do un día."

Menos mal que el fantasma se murió, que si no, ya me veo los papelones del peninsular en el Carlton Hotel o en el Bois de Boulogne compartiendo asiento con un espectro, almorzando con un ánima en pena paseándose en calesa con una aparición ante el estupor y las críticas severas de pacíficos ciudadanos e indignados burgueses.

Agregaré de paso que no le alabo el gusto al gigoló de ferrocarril y que no veo las ventajas que puede reportar el arrastrarle el ala a un fantasmón, o piropear a una visión quimérica o hacerle el tren a un espantapájaros. La esquela continúa así:

"Cuando lleve esta carta a
vuestro oído
el eco de mi amor y mis do-
lores,
el cuerpo en que mi espíri-
tu ha vivido
ya durmiendo estará bajo
unas flores."

Donde se demuestra que los fantasmas vivos o muertos poseen una idea completamente equivocada sobre los sentidos: ignoran que una esquela, tarjeta, billete perfumado, etc., no puede leerse con el oído, olfatearse con el ojo de vidrio o ser apreciadas con el paladar.

Pasemos ahora a otra composición también popularizada que de un poema de largo alcance titulado "El Temulento", ex "El Borracho", debido a la pluma o a las plumas de un malogrado vate que se llamó en vida Joaquín Castellanos. Como no estoy al tanto si el poema en cuestión ha resuelto cambiar de nombre nuevamente y ya se llama ex "El curdela" u otrora "El Feculento o Flatulento", utilizaré el apellido primitivo de "El Borracho" en su análisis para evitar confusiones. En cierta zona de la composición expresa el catador:

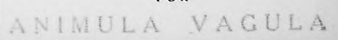
La taberna es mi hogar: en
ese sitio
Donde se goza, porque en
él se olvida
Vengo a tomar venganza
de la vida
usando como un arma el al-
cohol.

Con el objeto de evitar suspicacias, quiero dejar constancia que el habitante de las tabernas no era un incendiario de Reichstag ni nada por el estilo por más que muchas veces fué palpado de alcohol y detenido por portación de combustibles líquidos. De las otras estrofas del poema, la más digna de mención por las ideas que encierra es sin duda la que sigue:

¡Para marcar el rostro de
los siervos
O al amo imbécil fustigar
con ira,
Con las cuerdas de bronce
de la lira,
Poetas, es ya tiempo de
imitar
Al gaucho noble, el paya-
dor valiente,
Que arranca una bordona a
su guitarra,
Y al extremo de un látigo la
amarra
Cuando precisa herir al azo-
tar!

No creo en la nobleza de estos payadores valientes que en medio de un recital, una audición o un contrapunto no encuentran mejor sistema para hacerse estimar que recurrir al arriador, la fusta o el látigo y sienten la imperiosa necesidad de herir al azotar. Resulta reprobable también esta mala costumbre que parece encantarle al temulento de arruinar los mejores instrumentos musicales, las más valiosas cítaras, los Stradivarius más selectos, la quena más dulce, el violoncello más cotizado o el arpa más irresistible cada vez que se haga necesaria una reprimenda, una observación o un buen consejo.

POR



ANIMULA VAGULA



El Señalero

Por CHARLES DICKENS

Ilustración de Parpagnoli

¡HOLA! ¡El de abajo!

Estaba parado a la entrada de su casilla, haciendo flamear su banderita, cuando oyó la voz que lo llamaba. Cualquiera hubiera supuesto que el hombre localizaría fácilmente el lugar de donde provenía el llamado, pero en vez de levantar la cabeza y mirar hacia donde yo estaba, se dió vuelta y miró hacia la vía. Había algo extraño en su manera de hacerlo, aunque yo no hubiera podido precisar qué. Pero sé que fué lo bastante extraño para atraer mi atención. No acertaba a explicarme el porqué de su actitud. Sabía que tenía que haberme visto: yo estaba en una especie de montículo donde el sol caía con toda su fuerza, tanto que tuve que protegerme la cara con el brazo.

¡Hola, el de abajo! Dejó de mirar la vía, levantó los ojos y me vió.

—¿Hay algún camino para bajar hasta donde está usted? — pregunté —. Me miró sin responder y yo dejé pasar largo rato antes de formular de nuevo la pregunta. En eso se dejo oír una vaga vibración en la tierra y en el aire, y luego una violenta pulsación. Retrocedí unos pasos mientras el vapor del tren llegaba hasta mi altura. Cuando se disipó, bajé la vista y ví al hombre enrollando la bandera que había ondeado momentos antes, mientras pasaba el tren. Repetí mi pregunta. Después de un momento, durante el cual me observó con gran atención, me señaló con su bandera enrollada, un sendero que distaba unas trescientas yardas de donde yo estaba. ¡Muy bien!, le dije, comenzando a bajar por el camino en zig-zag. Cuando llegué cerca del hombre, vi que estaba parado entre los rieles, esperándome con una actitud tan suspensa y, al mismo tiempo, tan desafiante, que me detuve, un tanto extrañado. Era un hombre pálido, con espesas cejas y oscura barba. El lugar en que desempeñaba su puesto, era el más desolado y triste que en mi vida había visto. Estaba rodeado de una húmeda pared formada de piedras, que excluía toda vista exterior, a excepción de una estrecha faja de cielo. Más allá se divisaba una sombría luz roja y un túnel más sombrío aún. Llegué lo bastante cerca del hombre como para tocarlo, y no separó sus ojos de mí.

—Es un puesto solitario para ocupar ¿Eh? — le dije —. Atrajo mi atención al divisarlo desde allá arriba. Serán raros los visitantes que se acerquen ¿No? Aquí terminó mi primer intento para entablar conversación. La actitud del hombre me ahogaba las palabras en la garganta. Dirigió una curiosa mirada a la luz roja, que estaba inmediata a la boca del túnel y luego miró a su alrededor, como buscando algo que se hubiera desprendido de la misma luz.

—¿Esa luz también está a su cargo? — pregunté.

—¿Acaso usted no sabe que sí? — contestó en voz baja.

Un pensamiento inquietante pasó por mi cerebro, al mirarlo detenidamente. ¡Tenía un aspecto tan raro! ¿No sería un espíritu en lugar de un hombre? Retrocedí a mi vez. Al hacerlo, descubrí en sus ojos una expresión de temor. Tenía miedo de mí. Esto desechó mi anterior pensamiento.

—Usted me mira como si me temiera — dijo, forzando una sonrisa.

—Estaba pensando — repliqué — que le había visto a usted antes.

—¿Adónde? — Señaló la luz roja —. ¿Allí — pregunté —. Observándome intensamente, me contestó que sí, con la cabeza.

—¿Qué iba a estar haciendo yo allí? Puede estar seguro de que nunca me ha visto antes.

—Creo que sí. Creo que puedo estar seguro.

Sus maneras se despejaron, lo mismo que las mías. Replicaba a mis observaciones y a mis preguntas, con inteligencia y con palabras muy bien empleadas. ¿Tenía mucho que hacer allí? Sí. Es decir, más era la responsabilidad que otra cosa, pues trabajo material tenía muy poco. Casi toda su tarea consistía en cambiar las señales, en vigilar las luces, y en mover la palanca, de vez en cuando. Me llevó a su casilla, donde había fuego, un escritorio, un instrumento telegráfico y una pequeña campanilla eléctrica. Me contó algo de su vida. En su juventud fué estudiante de filosofía y hasta asistió a conferencias; pero luego comenzó a abandonarse a sí mismo, fué perdiendo, una tras otra, todas sus oportunidades y cayó para no levantarse más. Ahora era muy tarde para comenzar de nuevo. Todo esto me lo contó tranquilamente, repartiendo sus graves miradas entre el fuego y yo. Varias veces la campanillita interrumpió su relato. Tenía que atender mensajes y enviar respuestas. Otras veces, llegaba hasta la puerta y desplegaba la bandera mientras pasaba el tren. Observé que desempeñaba su cargo con una atención y una exactitud a toda prueba. Sin embargo, mientras me hablaba cortó dos veces la conversación, cambiando de color inmediatamente, atendiendo a la campanilla que no había sonado, abriendo la puerta y mirando la luz roja del túnel. En ambas ocasiones, volvió hacia el fuego, con ese inexplicable aire que noté en él cuando lo ví, al principio

—Casi me hace pensar usted que he encontrado a un hombre feliz — dije, con la intención de provocar una confidencia de su parte.

—Lo era, señor — dijo —. Pero ahora estoy muy preocupado, muy afligido.

—¿Qué le sucede? — pregunté interesado.

—Es algo muy difícil de contar, señor. Si usted me hiciera otra visita, trataría de referirle mis aflicciones.

—¡Cómo no! ¿Cuándo puedo venir?

—Puede venir a las diez de la noche.

—Vendré a las once.

Me dió las gracias y me acompañó hasta la puerta.

—Encenderé la luz blanca para alumbrarle el camino. Una vez que no la necesite, no me grite nada. Y cuando esté en lo alto, no llame tampoco, ¡por favor! Permítame que le haga una pregunta: ¿Porqué gritó ¡Hola, el de abajo!, cuando vino?

—Seguramente porque lo ví a usted allí abajo.

—¿No por otra causa?

—¡Pero no! ¿Qué otra razón podría haber tenido para gritar eso?

Me dió las buenas noches y, como me había prometido, me guió desde su casilla con la luz blanca. Llegué sin dificultades hasta la pensión y me acosté. Puntualmente puse los pies sobre el sendero en zig-zag a las once de la noche siguiente. El hombre estaba esperándome con la luz blanca en alto.

—No he gritado — dije —. ¿Puedo hablar ahora?

—Sí, señor. Desde luego.

—Buenas noches, entonces. Aquí está mi mano.

—Buenas noches, señor, y aquí está la mía.

Con esto, caminamos hasta la casilla, en donde entramos. Cerró la puerta y se acercó al fuego, junto a mí.

—Estoy decidido a contarle el motivo de mis preocupaciones — dijo —. Ayer lo confundí a usted con otro. Ese otro es el que me preocupa.

—¿Quién es?

—No sé. Nunca le ví la cara. El brazo izquierdo se la tapa y el otro se agita violentamente. Así.

Seguí sus movimientos con la mirada. Eran los de una persona que gesticulaba con desesperada vehemencia.

—Una noche de luna — dijo el hombre — yo estaba sentado aquí, cuando oí una voz que gritaba: ¡Hola! ¡El de abajo! Me dirigí a la puerta y ví a ese Alguien gesticulando como le expliqué, junto a la luz roja del túnel. Gritaba en forma casi salvaje: ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Despeje el camino! y luego otra vez: ¡Hola! ¡El de abajo! ¡Atención! Tomé la lámpara con la luz roja y corrí hacia él, preguntando qué sucedía. Iba a apartarle el brazo que todavía le tapaba la cara, cuando desapareció.

—¿Adentro del túnel? — dije yo.

—No. Entré al túnel, alumbrando en todas direcciones, pero no había nadie. Volví corriendo aquí y telegrafié: "He recibido una llamada de alarma. ¿Qué sucede?" — "Todo bien" — respondieron.

Sentí que me corría un frío por la espina dorsal.

—Seis horas después de la "aparición" — continuó — sucedió aquel terrible accidente ferroviario que usted recordará. Fué en esta misma línea. Los muertos y los heridos fueron conducidos por el túnel, donde apareció el "espectro".

Me estremecí de nuevo. Realmente, la coincidencia era sugestiva.

—Esto — continuó — sucedió hace un año. Pasaron seis o siete meses y yo estaba repuesto de la impresión, cuando un día, justo al amanecer, miré hacia el túnel y ví al espectro otra vez. Pero no gritó ni agitó el brazo. Estaba silencioso y se cubría la cara con las dos manos. Así.

Una vez más seguí su gesto con la mirada. Era una actitud de duelo, como la que tienen las estatuas que adornan las tumbas.

—¿Usted le fué al encuentro? — pregunté.

—No. Me volví a la casilla y me senté, tratando de coordinar mis ideas. Cuando salí de nuevo, el espectro ya se había ido. Ese mismo día, al salir un tren del túnel, ví, por una de sus ventanillas, una confusión de cabezas y de manos que se agitaban. Apenas tuve tiempo de gritar al maquinista que parara. El tren llevaba mucho impulso, de modo que sólo pudo detenerse unas cuantas yardas más allá. Lo corrí, y al aproximarme, oí terribles gritos y llantos. Una hermosa muchacha había muerto repentinamente en uno de los compartimentos. La trajeron aquí y la extendieron en el suelo. Justo aquí, entre nosotros dos.

Retiré instintivamente mi silla.

—Es verdad, señor, es verdad. Tal como se lo he contado.

No se me ocurría ningún comentario. Tenía la boca seca. El viento y los alambres telegráficos iban acompañando el relato.

—Y ahora, señor — dijo el hombre — podrá apreciar lo terrible de mi situación. El espectro ha vuelto, hace una semana. Desde esa fecha ha aparecido muchas veces al lado de la luz roja. Siempre con el mismo gesto alarmado, moviendo el brazo. Ya no consigo descansar ni dormir. Me llama continuamente, gritando: ¡El de abajo! ¡Cuidado! ¡Cuidado! Me hace señales con el brazo. Toca mi campanilla...

Presté atención a esto. — Dígame — exclamé — ¿Ayer tocó cuando usted fué a la puerta, durante mi visita?

—Dos veces.

—Bueno. Vea cómo su imaginación le engaña. Yo estuve atento a la campanilla y puedo afirmar que no tocó esas dos veces que usted salió a indagar el porqué del llamado.

Sacudió la cabeza. Nunca he confundido la campanilla del espectro con la de los hombres. La del espectro es inconfundible. Es posible que usted no la haya oído. Pero yo sí.

—¿Y el espectro estaba allí cuando usted se asomó?

—Las dos veces.

Le pedí que saliéramos a la puerta para ver si todavía estaba. No había nadie. Entramos otra vez y nos acomodamos en los asientos.

—Yo quisiera saber la significación del espectro. ¿Prevenir? ¿Cuál es el peligro? Sé que hay un peligro sobre la línea. Alguna calamidad se cierne sobre este lugar. No se puede dudar después de lo que ha pasado anteriormente. ¿Qué podré hacer? Sacó un pañuelo y se enjugó la frente. No puedo dar un mensaje de alarma, pues no tengo razón aparente para hacerlo. ¿Porqué no indicarme el lugar en el que sucederá el accidente? ¿Porqué no sugerirme el modo de evitarlo, si es que puede ser evitado? ¡Pobre de mí, solo, en esta casilla!

Su angustia daba lástima. Se pasaba las manos por las sienes, se mesaba los cabellos, con desesperación. Traté por última vez de tranquilizarlo. Le dije que no tenía porqué afligirse, siendo, como era, un hombre tan celoso de su deber, tan cumplidor, tan escrupuloso. Tuve éxito. La calma volvió a él. Las pequeñas tareas del oficio distrajeron su atención. Lo dejé a las dos de la mañana. Le hice el ofrecimiento de quedarme a pasar la noche con él, pero no quiso. Salí con la mente confusa de imágenes. Pensaba en los sucesos que me había relatado. El caso de este pobre hombre me preocupaba hondamente. Lo sabía inteligente, exacto, laborioso; pero ¿cuánto tiempo duraría así? El estado de ánimo en que se encontraba terminaría por hacerle perder la razón. Me hice el firme propósito de hacerlo examinar por un buen médico, cuyo diagnóstico y cuyos consejos pudieran, tal vez, prestarle ayuda. Sabía que al día siguiente lo relevarían de su puesto por unas horas y yo pensaba aprovechar éstas para efectuar dicha diligencia.

La noche siguiente se presentó lindísima, fresca. Salí temprano. Al aproximarme al montículo desde el cual vi al señalero por primera vez, quedé paralizado por el terror. Allí, en la boca del túnel, había un hombre que se cubría la cara con el brazo izquierdo y agitaba el derecho. El horror sin nombre que se apoderó de mí, se desvaneció al momento, pues me di cuenta de que lo que había tomado por un espíritu era un hombre de verdad. A una corta distancia había un grupo de hombres a quienes hacía esas señales. Contra una pared de piedras había algo parecido a una camilla de lona. Me acometió un terrible presentimiento. Corrí de prisa hacia ellos.

—¿Que sucede? — pregunté.

—El señalero ha muerto, señor.

—No será el que vive en esa casilla, supongo.

—Sí, señor. Es él.

—No es el que yo conozco. ¿No es cierto?

—Usted lo reconocerá si lo ha visto antes, señor — dijo uno de los hombres, levantando el lienzo que cubría la camilla. La cara no se ha desfigurado.

—¡Oh, Dios! — exclamé, cuando el lienzo cayó de nuevo. ¿Cómo sucedió? ¿Cómo ha podido suceder?

—Lo atropelló el tren, señor. Ningún hombre hubiera desempeñado mejor su puesto. No me explico cómo se ha descuidado así. Tenía el farol encendido, en la mano. Le daba la espalda a la máquina cuando ésta salió del túnel y lo mató. Aquel hombre conducía el tren. Ahora estaba contando cómo había sucedido. Cuéntale al caballero, Tom.

—Al doblar la curva del túnel, señor, yo lo ví en la vía. No había tiempo para frenar y le grité lo más alto que pude.

—¿Qué le gritó?

—Le grité: "¡Cuidado, el de abajo! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Por amor de Dios, despeje el camino!" Fué un momento terrible, señor. No dejé de gritar, tratando de atraer su atención. Me puse el brazo delante de los ojos, para no ver, y agité el otro hasta el último; pero todo fué inútil.

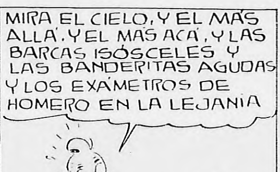
No quiero prolongar este relato. Pero voy a recalcar la extraña coincidencia de que, el aviso del maquinista incluyera, no sólo las palabras que el señalero me había repetido, sino las que yo usé la primera vez y hasta el mismo gesto que él imitaba al contarme la historia del espectro.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por* Dirks











PIM, PAM, PUM







NON E DOLCE FAR NIENTE.













QUE REGALADA VIDA.









UNA PERCHA PARA DOS



POR

Atilio García Mellid

Ilustración de Güida

PARA Gabriel Hannover la vida no tenía otro sentido que el de una paciente espera de la muerte. Espera como desganada y perezosa, sin entercedora angustia ni premiosa necesidad.

—¿A qué —se decía— girar tantas posibilidades con la ilusión de torcer el irremediable causalismo de las cosas? ¿Es que tiene algún fundamento la esperanza de rectificar el destino?

Gabriel Hannover era, pues, —para el meticuloso rasero del sentido común— un hombre absurdo, sin complicaciones, sin posibles días felices; un hombre que se dejaba andar entre las cosas, ausente de sí mismo, desprejuiciado de ordenamiento y prosperidad.

Para él, la vida era una lámina gris, ni linda ni fea; tan ólo inevitable...

★

A las ocho de la mañana, con una regularidad que excluía toda contingencia o flaqueza, Gabriel saltaba del lecho, se higienizaba sin mayor minuciosidad, vestía sus ropas sencillas y , previo un somero desayuno, casi teologal, se ponía en camino de la oficina.

Sus pasos, medidos, uniformes, le insumían igual tiempo todas las mañanas. Doce minutos exactos. Doce minutos equivalentes a otras tantas cuadras. Ningún pensamiento; ninguna curiosidad; ningún deseo...

—¿Por qué y para qué incomodarse por las cosas? ¿Por qué y para qué dejarse llevar de la mano por recuerdos o esperanzas, por ambiciones o quimeras, cuando todo, al fin del tiempo, terminaría en la nada absoluta, en el abismo sin limitaciones de la muerte?... Y, después de todo, ¿qué podía importarle a él —Gabriel Hannover— toda esa multiplicidad de artilugios que se exhiben en los escaparates, ese fervor de cosas que se agitan en una ciudad como Buenos Aires?

Sólo un riesgo lo lanzaba por esas calles, y era el ganar reposo y lejanías en su oficina. Lo demás —pamplinas o locuras— no tenía juego alguno en la absoluta falta de sentido emocional que Gabriel había dado a su vida.

★

Minucioso andar entre papeles, notas, facturas y billetes, era su cometido diario en el empleo. Con esa ausencia de inquietudes que lo caracterizaba, se movía con ajustado ritmo, sin dejar de hacer jamás algo de lo necesario, sin que nunca se le ocurriera hacer algo más de lo preciso.

Aparte el intervalo justo del almuerzo (apenas media hora en una pensión inmediata al local de la oficina), Gabriel repetía los mismos pasos, actitudes y tareas, desde las ocho y treinta hasta las veinte horas del día. Once horas exactas, que ni le suscitaban cansancio ni le movían a entusiasmo. Once horas lógicas en que tenía algo que hacer entre las manos...

La tarea no dejaba de ser pesada, ni era mucho la paga. Pero ¿es que valdría la pena molestarse por encontrar otra cosa más conveniente, menos repetida y monótona, mejor remunerada? ¡Ah! torpeza la de quienes se agitan por tan nimios menesteres. ¡Si valiese la pena!...

★

Todas las mañanas, cuando daban las ocho y treinta en el reloj de la oficina, Gabriel empezaba su idéntica faena, suspendida la noche anterior. Tenía extraña dureza su gesto de hastío, pero no dejaba de ser ordenada y persistente su actividad. Se entregaba con cierta irremediable resignación al ritmo de los papeles, al vaivén de las necesidades oficinescas, tal como se iban presentando, ni esperadas ni deseadas, porque sí, simplemente...

Gabriel ocupaba la soledad entera de una habitación mas bien espaciosa. Era primera entre las que correspondían a la firma en que prestaba servicios, de manera que quienes se proponían cumplir alguna gestión ante la misma, desembocaban obligadamente en su corredor estrecho, frente a dicha oficina, y formulaban sus consultas y hacían sus pedidos a aquel extraño empleado, de aire ausente, que daba la impresión de flotar un poco vagamente entre las cosas, aunque no dejaban de ser correctos sus modales, ni carecía, su voz apagada, de cierta melancólica dulzura, digna de susurrantes confidencias de amor.

Cada vez que alguien se asomaba al mostrador con rejilla que separaba el interior papelero del exterior pasaje baldío, Gabriel abandonaba su silla, automáticamente, y se acercaba, con lento paso, al lugar en que se hacía presente el visitante.

—¿Qué desea? — era su escueta, única, descarnada pregunta.

Y en seguida, a tenor de la respuesta, anotaba pedidos, cobraba facturas, extendía boletas de compra, en las que estampaba, a manera de sello cabalístico, sus dos iniciales de líneas claras y alargadas: G. H.

Cuando quedaba solo de nuevo y volvía a su mesa de trabajo, agravados en la pálida frente los surcos de una prematura fatiga, siempre era el mismo su desabrido comento:

—¡Vaya estupideces por las que se agitan los hombres! ¡Y pensar que cada uno se siente como el eje del mundo!

★

Una mañana (era un 12 de mayo, destemplado, ligeramente neblinoso), la primera persona que se acercó a la dorada ventanilla de reja, fué una joven morena, diminuta, bonitilla, de no más de 20 años, que con aire juguetón y acaso cordial interrogó:

—¿Usted es el único que trabaja en esta sala?

Gabriel la miró con larga y perezosa mirada, desconfiadamente, receloso de responderle.

¿Por qué y para qué vendría a importunarle esta niña? ¿Y quién era ella para entrometerse en sus asuntos? ¿Es que valía la pena contestarle? ¿Acaso él —Gabriel Hannover— había sido llevado ante los jueces?

Pero cuando tales meditaciones lo asaltaban, la extraña desconocida insistió:

—¿Así que usted no tiene nadie para acompañarse?

—Sin duda —replicóle, como con desgano. Y en seguida: —El trabajo no es mucho; mejor así, solo.

—¡Pobrecito! — murmuró cariñosamente la niña, mientras, corriéndose a lo largo del mostrador, ganó la portezuela de paso y penetró resueltamente al interior de la oficina. Gabriel la miraba, con indefinida sorpresa, dejándola hacer, sin ánimo de interrogarla o detenerla.

La niña, en silencio, mientras paseaba su mirada curiosa por paredes y muebles, se fué quitando sombreros, pieles y guantes, hasta que, con cierta graciosa indecisión:

—¿Dónde pongo estas cosas? —interrogó.

Gabriel, cansado de la sostenida tortura de estar pendiente de las palabras y movimientos de la desconocida, creyó prudente desentenderse de ella.

—Ahí no más — díjole con dubitativo gesto de manos. ¡No tiene importancia!

La niña supuso descubrir la dirección de aquel gesto indefinido, y se corrió hacia el rincón, junto a la caja de hierro, donde una percha, de un único soporte, mostraba ajado sombrero y raído perramus, sin duda del empleado.

Quedóse indecisa, pero en seguida procedió a descolgar aquellas prendas, colocando las suyas. Mas encontróse bruscamente ante un nuevo y al parecer insoluble problema. ¿Dónde diablos depositaría estas cosas, tan usadas, tan sucias, tan viejas?

Pero no era ella, sin duda, mujer de escasos recursos ni a la que pudiera vencer fácilmente la sorpresa y fué así como, acercándose al atónito empleado — que la dejaba hacer, más por abulia que por condescendencia — le entregó sus cosas, diciéndole:

—La percha es escasa para tantas ropas. ¡Tendrá usted que agenciarse un nuevo lugar para poner las suyas!

Gabriel, ya definitivamente resuelto a no crearse complicaciones, tomó sombrero y perramus, y lentamente volvió a ocupar su silla de trabajo, poniendo aquellas prendas (el sobretodo bien dobladito, el sombrero encima) sobre el propio escritorio.

La oficina quedó en vuelta en un largo, en un profundo silencio, como si estuviera vacía. Gabriel lo rompió, al cabo de prolongados minutos, murmurando, más para sí mismo que para ser escuchado:

—Claro; la sala no es grande... Y después de una pausa en cuyo interminable misterio apenas si cabía la radiante luz de la mañana, que entraba a la oficina, por amplios ventanales, agregó este condescendiente comento:

—En verdad, la percha es escasa...

Y a partir de esa enternecedora concesión, con la que supuso corresponder a una cierta cordialidad que le había demostrado la desconocida, se quedó más impenetrablemente silencioso, doblado sobre el pupitre, pasando y repasando los mismos papeles, con cierta angustiosa solemnidad de hombre descentrado y perdido — hasta que doce campanadas, lentas, iguales, liberadoras, lo hicieron levantarse y salir.

A almorzar; como todos los días...

Aquella tarde, el patrón hizo llamar a Gabriel a su despacho.

—¿Qué tal la nueva empleada? — le preguntó.

Gabriel dirigió la mirada, presa de desgarrador patetismo, en todas direcciones. El amplio despacho, sobriamente amueblado, acusaba la misma soledad de otros días. No acostumbraba el propietario, por cierto, a recibir sus empleados sino el tiempo justo que necesita de ellos. Nunca había retenido en su propio escritorio, permanentemente, a ninguno de sus subalternos. Ni aun a la secretaria y taquígrafa que recogía al dictado todas sus indicaciones, y que luego las ordenaba y cumplía en una salita vecina, más íntima y cordial, casi coquetona, que a tales efectos le había sido destinada.

Gabriel volvió a lanzar su mudo interrogatorio alrededor suyo, y súbitamente:

—No la he visto, señor, la nueva empleada. — Y como si estuviera en pecado de incumplimiento, listo a reparar su inadvertencia, agregó con verdadero interés: —¿Dónde puedo verla, señor?...

El patrón, dando un salto en su acolchada butaca, entre extraño y molesto, le gritó:

—Pero, ¿cómo? ¿Con qué le he puesto una dactilógrafa en su propia oficina y ni siquiera lo sabe?

Gabriel, absorto con la revelación, sin fuerzas para justificarse, apenas murmuró:

—¡Ah!, sí, sin duda... La chica que ocupó la percha del rincón...

Se quedó un instante pensativo, pues el patrón había vuelto a sus carpetas y papeles, desentendiéndose de él, creyó oportuno irse alejando, con los más leves ruidos, temeroso de recibir una nueva reprimenda.

Pero ya en la puerta de escape, entre patético y dolorido, volviéndose ligeramente hacia adentro:

—¡Ahora ya no tengo donde colgar mi sombrero! — exclamó.

Y como durante diez minutos, en que se quedó inmóvil, clavado en ese lugar, no obtuvo respuesta alguna, juzgó prudente retirarse.

★

De regreso a su oficina, miró con curiosidad a aquella extraña niña que durante la mañana, y también en las horas de la tarde, había estado tecleando pacientemente, allí mismo, cerquita de él, sin cambiarse palabras, sin mirarse casi, como si uno y otro se consideraran absolutamente solos.

La dactilógrafa estaba ya lista para marcharse. Eran las 18 y terminaba su horario; su privilegiado horario de apenas ocho horas de trabajo, que parecía insuficiente —con ser excesivo— al compararle con las once horas cabales que cumplía el empleado.

Gabriel se atrevió a preguntarle:

—¿Así que usted es la nueva empleada?

—¡Pues claro! — le replicó la chica, con cierta gracia juguetona. Y si no, ¿cree que iba a estar en esta oficina?

Gabriel se sonrojó como si en esas palabras se renovara el reproche que le había lanzado el patrón.

—Yo no podía sospecharlo, — le dijo. —¡Como nadie me lo previno!

La dactilógrafa, terminados los arreglos inevitables (este golpecito de rouge, aquel empujoncito al sombrero, estos cabellos, aquestos polvos), se dispuso a salir.

—Hasta mañana, Gabriel, — le dijo.

—¡Ah! ¿Mañana también vendrá? — respondióle azorado, pero la niña ya había salido y sólo se oía su taconeo menudo, romancesco, cavando notas de juventud sobre las soledosas piedras del corredor en penumbra.

Gabriel, al descubrirse de nuevo solo, paseó su mirada lánguida por la sala, que recién ahora reconocía por suya. La dejó detenerse, como cansada, en la percha —¡aquella percha!— del rincón, que de golpe se le encaramó en el plano más lúcido de la conciencia, vacía, inútil, ahora excesiva y hace un momento escasa; y entonces, sorpresivamente, con cierta desusada premura, tomó sombrero y perramus y se fué a colgarlos en aquel brazo desnudo, áspero pero amigo, que durante tantos años había sido su compañero sensible y humano, su único compañero de oficina.

Y vuelto a su pupitre, como aliviado de una preocupación importante, se permitió, por primera vez en su vida oficinesca, el lujo de quedarse un buen rato sin hacer nada...

★

Tres meses cabales llevaba la dactilógrafa en aquella oficina y apenas si había cambiado cien palabras con su compañero. No es que hubiera hostilidad entre ellos, o secreto repudio, sino, simplemente, que la chica —pese a su natural conversador y amable— se sentía cohibida ante la expresión huraña, melancolica, lejana, de aquel empleapleado que hacía todas las cosas meticulosamente, con tremenda regularidad, acaso disgustado, tal vez absorbido por ellas...

Gabriel, en tanto, se había acostumbrado a tenerla cerca —a saberla cerca, más bien— y la miraba llegar, y la veía marcharse, todos los días, con la mayor indiferencia. Eso sí, el saludo no se lo escatimaba, aunque pusiera en ello cirto ritualismo obligado, una no muy convincente regularidad.

La niña entraba a las nueve y se retiraba a las dieciocho. Quedaba un margen de media hora por la mañana y de dos horas por la noche, en que Gabriel se sentía más cómodo, más íntegramente dueño de la oficina. Y, sobre todo, dueño de "aquello", aquello que constituía su preocupación más enérgica: la leal percha que durante tantos años había correspondido fielmente a sus necesidades, que con tanto amor le tendía su único brazo para que descargara en él, pese a lo endeble de su armadura, todo el peso de las ropas innecesarias.

Durante el largo día, Gabriel parecía contar los minutos que lo separaban de las diez y ocho. ¡Ah! y con qué alegría hubiera corrido las manecillas del reloj, las dos manecillas que ahora parecían moverse con escandaloso desgano, que quién sabe sabe cuántas veces —por jugarle una mala partida!— habían vuelto a desandar los minutos o a quedarse inmóviles, eternizadoras de un instante, malabaristas de la irrealidad.

Pero... ¿Cómo? ¿Era posible que él —Gabriel Hannover— se descubriera ahora en pecado de tales angustias? ¿Era verosímil que le diera tanta prestancia a esa cosa pueril, absurda, supérflua, que apenas le servía para colgar el sombrero? ¿Y acaso éste, y también el perramus, no estaban bien sobre la caja de hierro, en aquel huequito que todas las mañanas limpiaba con minuciosidad?

¡Valiente preocupación ésta que le había nacido entre la pausa de los días! ¿Es que valía la pena? No; sin duda que no...

...30 años. Una vida sin sentido. El mundo —todo el mundo— como cosa ajena, y ahora esta percha...

—¡Maldita sea! — gritó— ¿A qué diablos se le habrá ocurrido quitarme la percha?

Y tomando rudamente su sombrero y abrigo, salió a la calle, sin dirección, como todos los días...

★

Una mañana, Gabriel llegó a la oficina con injustificable premura. Acababan de sonar las ocho en el reloj de círculo, que estaba colocado en la pared, sobre la puerta de entrada.

Pero aquella mañana, Gabriel Hannover se substituía a sus normas. Durante la noche (una placentera, gozosa noche de hallazgos y deslumbramientos), había convenido en este desacomodado propósito: quería ser el espectador de sí mismo, verse llegar, observarse, reirse acaso de su pobre aspecto de empleado que no tiene sino un rinconcito, sobre la caja de hierro, para dejar el sombrero...

Penetró en la oficina cuidadosamente, como temeroso de ruidos. Contra sus hábitos ya inveterados, cerró tras suyo la puerta. Y se estuvo allí, en el mudo secreto de la sala vacía, no menos de veinte minutos, que le parecieron leves y lindos ¡quién sabe por qué extraño misterio de su impresionante psicología!

Pasado ese tiempo, volvió a salir, cautelosamente, pisando en el aire, como había entrado...

Pero fué corta su ausencia. Daban las ocho y treinta cuando franqueaba de nuevo el umbral, después de abrir minuciosamente las dos hojas de la puerta. Corrióse hasta la caja de hierro y en su habitual reparo depositó, con desarticuladas maneras, su gastado perramus, su infatigable sombrero. Y pues todas las mañanas, al contrario de ésta, gozaba su media horita de percha, echó ligero vistazo hacia el rinconero resguardo, y brillaron sus ojos, alegremente, aunque con cierta socarronería...

★

A las nueve llegó la dactilógrafa. Gabriel, inclinado sobre su escritorio, estaba absorbido por múltiples papeles, tantos, que pareció no reparar en la llegada de aquella y ni siquiera le devolvió el saludo, mesurado y cortés que la misma le dirigiera.

La niña fuése directamente al rincón en que estaba la percha. Tapadito y boina llevaba en las manos. Mientras avanzaba, la cabeza hacia atrás, como cuidándose de darle cierto gracioso movimiento a los cabellos, Gabriel —ni absorbido ni indiferente— la miraba de soslayo.

Llegó la niña al rincón. Gabriel la miraba. Pero hete aquí que aquélla detiene los brazos, ya en el impulso de colgar boina y tapado, y mira sorprendida en todas direcciones, buscando la percha...

¡Búsqueda inútil la de sus lindos ojos! La percha no estaba allí, ni en parte alguna estaba. ¡La percha se había ido!

Con gesto mohino, con aire de contrariedad, quedóse la niña sin saber qué hacer con su boina y tapado. Pues no había mejor solución que la de imitar la silenciosa conformidad de su compañero, en idéntico caso, corrióse hasta la caja de hierro y allí, en familiar vecindad con las otras prendas, puso la niña las suyas.

...Seguía Gabriel hundido en sus papeles. Parecía pendiente de sus misteriosas cifras. Pero sordamente gozaba. Y en la lámina traslúcida de sus ojos, maduró —por primera vez en su absurda existencia de hombre descentrado—, una lágrima inédita, ruda, que parecía subirle del corazón...

Crúcese de Palabras

A	T	■	O	R	E	J	U	D	O	■	T	E
A	R	A	R	A	S	■	L	A	B	A	R	O
■	A	■	G	R	U	M	E	T	E	■	A	■
S	I	T	I	A	L	■	M	A	R	A	B	U
A	N	E	A	■	A	B	A	■	E	R	A	S
B	A	L	S	A	■	O	■	S	A	R	S	A
I	■	O	■	Y	I	■	R	A	■	U	■	G
N	A	N	S	A	■	A	■	M	A	G	N	A
A	R	I	A	■	I	B	N	■	T	O	A	R
S	L	O	N	I	N	■	A	P	U	N	T	A
■	O	■	T	A	P	I	R	E	S	■	R	■
O	T	R	O	S	I	■	I	N	A	C	O	S
C	E	■	S	O	A	L	Z	A	R	■	N	I

(SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR)

Dos Escenas Porteñas

★

CIERTA vez llegó a mi estudio un cliente en el cual la cabeza azapallada, adornada por una cabellera tan superabundante como rebelde y renegrida, delataba su origen otomano.

El hombre, comerciante en percales multicolores, expuso su caso en una jerga turcocriolla en la que las vocales y consonantes tenían la más extravagante colocación.

Su mujer había abandonado el hogar y "la negocio", a los tres meses de casados, previa exposición de causas en la comisaría seccional, donde le informaron al turco que lo acusaba de malos tratos y lo demandaría por divorcio, todo lo cual era inexplicable, según él.

Como le dijera que nuestras leyes facultan a la mujer a abandonar el hogar en tales casos, se despidió iracundo, diciendo:

—En mi bais la bolecía no dieja ir la mojier, sin la permiso de la maridos, bor que él la tira de la pelos, le pega la cachetadas sino la rumpe la ojos, no la da batadas barrigas ni l'arranca l'urejas.

Salió el turco de los percales dejándome abismado en una profunda meditación sobre los paraisos de Mahoma y la vida de los huríes, concentración provechosa de la que volví habiendo obtenido la explicación del empleo del "charchaf", ese velo que usaban las turcas y su utilidad para mantener el secreto de los procedimientos maritales, pero mi espíritu quedó aún más esclarecido al recordar la discusión del Concilio de Macón sobre si las mujeres tenían alma y otro que les prohibió cortarse la cabellera por ser ésta la manija natural por donde las empuñaban los esposos para asegurar su autoridad, en la caballeresca época medioeval.

★

Fecha y lugar: la última noche de Carnaval en la oficina de guardia de una comisaría.

Detrás de un largo y alto mostrador, un oficialito pintiparado escribe en un gran libro ante un grupo de detenidos a raíz de una gresca producida en la fonda de la vuelta.

Estos eran de la más heterogénea e interesante variedad, tanto en su indumentaria como aspecto y nacionalidades: dos o tres compadritos de jopo crinudo y chorreante, un "tarugo" botellero, un gaita disfrazado de estudiante de Salamanca, dos reos en traje de candomberos, un "cocoliche" y por último, un gaucho con tirador enmonedado, poncho a la rastra, largo facón de lata, guitarra, barba y melena abundantes y enormes espuelas nazarenas que producían un gran ruido de herrería al caminar.

Un vigilante, achinado y retacón, dió al oficialito encuellado el parte del hecho, cuya falta de veracidad motivó protestas de los detenidos que fueron sofocadas por el escribiente con un autoritario más que enérgico:

¡Cállense la boca o los paso al calabozo!...

Uno a uno fueron dando sus datos personales, con aburridora lentitud, hasta que le llegó el turno al gaucho que guardaba una grave y prudente circunspección.

—¡A ver vos, ché Moreira! ¿Cómo te llamás? — dijo el oficialito, con sorna, dirigiéndose al gaucho.

—Cuane Pasqualetti, creoyo cun carte de cittadinanza, pera servir a osté! — contestó orgullosamente el interpelado.

CLODOMIRO CORDERO



Crúcese de Palabras

Por CRUZ DIABLO

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII
I					■				■				
II				■						■			
III							■						
IV		■										■	
V	■				■				■				■
VI							■						
VII			■			■	■	■			■		
VIII							■						
IX	■				■				■				■
X		■										■	
XI							■						
XII				■						■			
XIII					■				■				

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en las listas), el orden de las palabras en cada columna. (La solución en el próximo número)

HORIZONTALES

I—1, Percha de la insignia; 2, Compañero de tac; 3, Planta americana.

II—1, Ratón; 2, A 1500 Km. de Madrid y raptor; 3, Delante del zorrino.

III—1, Boca; 2, Mineral.

IV—1, Uno; 2, Espíritu santo; 3, Quinientos.

V—1, Antes de bana y tilegio; 2, Umbelífera europea; 3, A la misma altura.

VI—1, Del Don y del Volga; 2, Preceptores de elefantes.

VII—1,Flecha turca; 2, Enredadera china; 3, Caballo de fuerza; 4, Sol egipcio.

VIII—1, Caserío en Canarias; 2, Preciosa, fundamental, etc.

IX—1, Municipio noruego y raíz indiana; 2, Dios casero; 3, en Filipinas.

X—1, Cero; 2, Población de Filipinas; 3, Yodo.

XI—1, Provincia de Holanda; 2, Duplicado.

XII—1, Amigo de Esquilo y de Pericles; 2 ...novum sub sole; 3, Medida agraria, manto beduino y patriarca alejandrino.

XIII—1, Raspar; 2, Cuna de Vifredo el Velloso; 3, Asirio.

VERTICALES

I—1, parato griego; 2, Azada mejicana; 3, Arca de Salomón.

II—1, A espaldas de la brújula; 2, Compañera; 3, Roda.

III—1, Metáforas; 2, Muso francés.

IV—1, As; 2, Interjección; 3, Rodio.

V—1, Igual; 2, Tres kilómetros en Oriente; 3, Ni.

VI—1, Receptáculo; 2, En la constelación del Aguila.

VII—1, Jesús Rey; 2, Interjección; 3, Geógrafo holandés; 4, Ji.

VIII—1, Huracán; 2, Alemania.

IX—1, Culpable de "El judío errante"; 2, Divinidad védica; 3, Lista.

X—1, Letra; 2, Patas negras; 3, Preposición.

XI—1, Poner la proa; 2, Rodomélias.

XII—1, Extremidad del tajamar; 2, Ciudad del Brasil; 3, Plátano hindú.

XIII—1, Vestidura hebrea; 2, Santiago de... en la provincia de Lugo; 3, Río tirolés.

2;Lp etaoin shrdlu etao etaoin

EL ANILLO

CASI lo respetaban los muchachos del mercado. Casi, porque ellos no respetan a nadie, ni al mismo cabo Roqués que tenía facción en esa esquina.

Pero Bolita Cachuza se había impuesto a fuerza de astucia, ya que no de puños.

Su figura daba lástima, mirándole de lejos. Visto de cerca impresionaba desagradablemente su espalda con una pronunciada encorvadura y un hombro más bajo que el otro; el vientre encogido y la cabeza caída. Cuando caminaba, en razón de tener piernas muy cortas, parecía una bola que rodara y como andaba torcido, mereció el mote que tenía. Se ignoraba quién fué el primero en llamarlo así y como no se le conocía otro apelativo, quedó para nombre el de Bolita y de apellido: Cachuza.

En las raras ocasiones en que alzaba su cabeza para mirar de frente, sorprendía con la belleza de su rostro. Podría ser que dentro de un marco tan horrendo como su cuerpo, floreciese la gracia de su cara; pero, la verdad era tal, que parecía fuera de lugar. Los ojos negros y profundos, bordeados por tupidas y brillosas cejas, tenían esa fijeza al mirar que hace estremecer el pecho. Lo demás era secundario o no podía ser observado bien a causa del hipnotismo de aquellos ojos que monopolizaban las miradas.

En ocasiones se servía de tal aptitud para atemorizar; pero, no abusaba de esa arma, razón por lo cual iba siempre con la mirada fija en el suelo.

Merecía la atención su psicología irregular e incoherente de perdulario. Nunca sus pensa- una norma o guiaba sus pensamientos de otro modo que el de conseguir un fin cercano, posible de variar con otro pensamiento inmediato.

Era extremadamente astuto y malo; dotado con maldad ingénita, quizá heredada, festoneada por algunos rasgos de generosidad, excepcionales y extraños a su propia conciencia.

Para suplir su debilidad física se valía de algunos muchachos de su edad a quienes dirigía como un verdadero jefe.

Sabía leer y escribir y hasta sabía historia, sin haber ido nunca al colegio, conocimientos que empleaba frecuentemente para asombrar a sus ignorantes compañeros.

Más conocimientos tenía, aprendidos sí, en la escuela sin matrícula y sin diploma, de la calle.

Sabía del rigor del calabozo y de la dura disciplina del reformatorio, de donde huyera. Sabía del dolor que producen el hambre y el frío a la vez, cuando los sentía en noches de invierno, tiritando en los umbrales; sabía de cuán insignificante era, comparado con los vigorosos muchachos que cargaban bolsas de papas en el mercado, desde las primeras horas hasta el mediodía.

También sabía vivir sin dinero y procurárselo cuando le era imprescindible.

Así, a fuerza de astucia y de experiencia, se había hecho el jefe de una camarilla de merodeadores del mercado. De enemigo declarado tenía al cabo Roqués y de fiel guardaespalda y lugarteniente, a Pacífico Salustra, espíritu intranquilo y revoltoso, contradictor nato de cuanta afirmación se hiciera en su presencia y el consabido promotor de cuanta riña revolucionase la laboriosa paz del mercado. Solamente Bolita —y a veces el cabo— sabían encuadrar a Pacífico dentro de su propio nombre. Era tan capaz de cometer la felonía de llevarse diez sandías de una brazada, como de obedecer ciegamente a Bolita.

Y ambas cosas hacía.

Bolita se fué refinando en inteligencia a medida que aumentaba en edad y a los 19 años ya sabía eludir sus propias responsabilidades y hacerlas recaer sobre el enemigo que molesta.

Conocida esta habilidad por el Cabo Roqués, no le quitaba el ojo de encima y menos le perdonaba la gracia que le causó el encontrar a su caballo con la cola atravesada con un alfiler, de esos que usaban las mujeres en los sombreros.

En bien de la verdad, nadie había visto que alguien colocara el adminículo punzante en esa dolorosa posición para el caballo. Mas, el Cabo estaba convencido que era Bolita el autor del pinchazo, aunque éste asegurara que en ese preciso momento jugaba a los dados con unos amigos, quienes atestiguaban la coartada.

El Cabo Roqués tragó la hiel y le supo muy amarga; desde entonces, cualquier fechoría que acaeciese en el mercado, culpaba a Bolita o a su banda (no andaba muy en yerro, con eso). Esta no temía al Cabo por la sola razón de que su jefe se reía de él.

★

Cierta vez faltó un cajón de peras de un puesto. Sin dudar un segundo, el italiano puestero llamó al Cabo y le dijo:

—Bulita ma rubato le pere...

Y el Cachuza que, por casualidad, estaba allí cerca, oyó la acusación y arrojó a la cabeza del denunciante una naranja podrida.

El Cabo Roqués pretendió apresarlo; pero se le escurrió de entre manos, en tanto Bolita decía:

—Yo no fuí... Cabo. ¡Por mi "mama" que no fui...!

No se le conocían padres y hablaba poco de ellos, como de algo que ignorara y que deseara vivamente ver, esto al principio de su actual manera de vivir; hoy lo nombraba solamente en los juramentos y empleando tal entonación que convencía, a más que era innecesaria, pues Bolita era sincero al jurar así... lo malo estaba en que juraba muy pocas veces por su madre.

—Por mi "mama", yo no fuí...

El Cabo recordó que Bolita no le juró por su madre al negarle lo del alfiler en la cola.

Cachuza no había sido el autor del robo, de ello dan fe su excepcional juramento y el hallarse cerca del teatro de los sucesos, pues tenía el buen tino de asegurarse un espacio suficiente entre el damnificado y él. Además, tenía el convencimiento de que ninguno de los suyos había sido, ni menos Pacífico, que no movía un dedo sin consultarlo antes.

Este suceso le preocupaba vivamente, porque él y su banda tenían el monopolio de los robos en el mercado y le costaba admitir que hubiese rival alguno. Sin embargo, el hecho era real: otro había que gustaba de la competencia.

Bolita se puso a pensar. Sabía reflexionar con la celeridad de una centella, era rápido en las cavilaciones, asombrosamente pronto para cerrar el criterio formulado.

—¿Quién o quiénes eran los rivales?

No acabando de formular este interrogante, golpeóse la boca con la punta de los dedos. Con este acto subconciente manifestaba haber descubierto algo que debía haber sabido ya.

Fué en busca de Salustra y le ordenó:

—Andá decile al Boche que lo quiero ganar a los dados...

El Boche era un muchachote alto y colorado, de más corpulencia y fuerza que Pacífico. Tenía tan revoltijado el cabello color de zanahoria como serena la mirada de sus ojos celestes.

Visto de espaldas o a la distancia, parecía un gigante. Mirado a la cara, de frente, esa primera impresión dejaba sitio a otra, de condolencia. El Boche parecía un idiota.

Caminaba solo por todo el mercado, juntando fruta y verduras que metía dentro de una bolsa. Esto ocurría al principio, cuando no sabía hacer trampas. Hoy era maestro en ello y solamente Bolita podía ganarle, y difícilmente.

La invitación que le transmitiera Pacífico no podía rehusarse y pronto se presentó ante su desafiante.

Al verlo, Bolita levantó la cabeza y clavó sus ojos en los inexpresivos del Boche. Sin más preámbulos, le dijo:

—¿Conque fuiste vos el "chorro" de las peras?

Sorprendido, el muchachote respondió:

—¿Quién te lo dijo?

—¡Ajá! De veras vos eras el "raspa", ¿no?... Tomá, hijo de... — y le obsequió con un puñetazo en un ojo.

Las intenciones de Bolita al llamar al autor del robo eran varias: primero, exigirle la entrega de los efectos y luego, dominarlo para hacer de él uno de sus secuaces; sin embargo, y quizá por el gesto de idiota del muchacho, olvidóse de todo y procedió tan violentamente. Desde ese momento fueron irreconciliables enemigos.

El Boche, que merodeaba solo, se procuró algunos compañeros y se formó su "barra", dirigiendo con acierto todas sus habilidades en hostilizar a Bolita.

Los robos menudearon para terror de los puesteros y desesperación del Cabo Roqué. Se cometieron algunos de relativa importancia y hasta faltó dinero de la caja de un italiano acopiador. Bolita se sabía incapaz de robar tanto dinero y también sabía quién podría hacerlo.

Desde ese momento cambió la indiferencia que mantenía con respecto al Boche y sus actividades, en una concentrada atención.

Una vez le siguió.

Pasaron la Avenida de Mayo, llegaron cerca de la orilla del río y aun caminaron muchas cuadras hasta que el Boche entró en una casa de aspecto miserable. Había muchas habitaciones y mucha suciedad. Sin vacilar, Bolita penetró en el conventillo y abrió la puerta del cuartucho en que se encerrara su perseguido.

Su mirada tropezó con un catre arrimado al muro, un cajón al lado con una vela encendida, un retrato colgado de la pared y un sillón con un cuerpo en él.

Sorprendióse el Boche ante la inesperada visita; pero no dijo nada. Miraba el bulto del sillón. Concentrando la vista a causa de la poca luz de la habitación, Bolita comprobó que aquello era una mujer.

Tenía el pelo desteñido que le caía como hilos sobre la cara y el cuello. Estaba inmóvil. Sus ojos carecían de expresión, como los del Boche, y babeaba continuamente.

No obstante lo repugnante de su figura, el alemán la contemplaba con cariño y hasta, olvidándose de su rivalidad y por un inexplicable fenómeno de conducta, quizá restos de una anterior educación, los presentó:

—Mamá: Bolita, Bolita... — y tartamudeaba, indeciso: — este, este... ¡Bolita!... mi mamá.

La vieja cambió la dirección de su mirada para fijarla en Bolita y sólo dijo:

—Uhhh... pe... pe... pe... un... pe... un...

Bolita, según su costumbre pensó aceleradamente: ¿"Eso también era una madre?" E imaginó la suya y las otras madres, aquellas que paseaban con sus hijos de la mano y vestían sedas y pieles; pensó en las fuertes mujeres que venían con sus vástagos al mercado y cargaban muchos kilos de mercaderías; pensó en todas las mujeres lindas y en todas las robustas que eran madres de hermosos chicos o de traviesos y sanos pilletes.

Al ver que esa piltrafa con olor a orines sentada en el sillón, era la madre de ese muchachote fuerte y grande, se sorprendió. Tan anonadado estaba que quiso alargar el brazo para saludarla; pero, reaccionando, cambió de actitud y sin pronunciar palabra, escupió en la cara de la infeliz que repetía:

—Uh... uh... pe... uh... pe...

SEGUNDA PARTE

Se lustra, cabo.

Le costaba dar crédito a sus ojos; sin embargo, ahí tenía al auténtico Bolita sentado frente a un cajón de lustrar calzado.

—¿Eh? ¿Qué hacés? — le preguntó el cabo.

—¿Cómo, qué hago?... ¡Trabajo!...

La transformación tan radical tenía su origen en Perlina, la pupila de la casa que daba frente al lado Oeste del mercado.

Bolita Cachuza, jorobado y contrahecho se había enamorado de la única mujer que toleraba su compañía. No importaba que ella fuese una perdida, pero el caso era que se había enamorado, ciegamente, por cierto, desde que si mirase las cosas con más serenidad, no se le escaparía que le doblaba en edad, que era tan egoísta como viciosa y también haría oídos a los que, maldiciéndola, decían haberse llevado un no grato recuerdo de ella; pero, nada de eso le estorbaba, y mientras tuviera el dinero suficiente, allí se iba a visitarla.

Las visitas escasearon cuando éste le faltaba y como se había hecho una costumbre el frecuentar su compañía, concebía a menudo ideas extravagantes e irrealizables, pero que transmitía entusiasmo a la mujer, que no le hacía caso.

¿Soñaba con mantenerla desde que no podía ser al contrario: que ella lo mantuviese a él.

La idea le gustó e imaginándose que de ese modo, solamente de ese modo, podría tener a Perlina a su entera disposición sin que le molestasen impaciencias ni esperas de clase alguna.

Sin decir nada a nadie, apareció ese día sentado frente a un cajón de lustrar calzado... y desde ese momento se sucedieron las transformaciones radicales en su espíritu inquieto y pérfido.

Lo de mantenerla no dejaba de ser un mito, pues, apenas ganaba lo suficiente para pagar la visita que todas las noches hacía a su novia. A pesar de todo su empeño y astucia, el dinero escaseaba y la mente de Bolita concibió otra idea que continuó la serie de las transformaciones espirituales.

Digo espirituales, porque su cuerpo mal hecho y su altiva mirada no habían cambiado en nada; sólo sus manos, que antes llevaban tierra en los peros, estaban teñidas con betún y brillaban con reflejos de charol.

Entusiasmado con la amistad de la mujer, quiso retribuir de algún modo, esa confianza y concibió, para ello, la idea de obsequiarla con algún presente que le agradase.

Así empezó a ahorrar. No jugaba a los dados, ni con el Boche, con quien se juntaba solamente cuando había un cubilete de por medio. El resto de la banda se había disuelto e incorporado algunos elementos bajo la autoridad del Boche, que sabía dar golpes de cierta importancia y gravedad. Pacífico purgaba en la cárcel, la muerte de un peón a quien había quitado la vida en una riña.

A la semana llevaba ahorrados siete pesos; cuatro de ellos se debían a que le fué imposible visitarla durante dos noches, circunstancia que si bien le hizo economizar esa cifra, le mantuvo en continuo sobresalto.

Al hacerlo nuevamente, le manifestó su idea: le iba a regalar un anillo de oro, sólo que tenía que esperar hasta que juntase el dinero necesario, pues costaba una punta de pesos...

Ella se mostró tan contenta y lo trató con tan inusitado cariño, que hizo bailar de alegría al enamorado Bolita.

Al día siguiente trasladó su cajón y lo situó frente al escaparate de la relojería, situada en la mitad de la cuadra. Allí trabajaba menos, pero veía continuamente el anillo que pensaba regalar. Era una sortija con una esmeralda en el medio y un cartoncito debajo, que decía: "Ocasión, $ 80".

Bueno, sólo tenía diez pesos, lo demás vendría con el tiempo — reflexionaba, extasiado con la joya.

Estaba contento esa noche y deseaba sincerarse en alguien, tener alguna persona en quien confiar sus secretos; pero, como nadie le preguntaba nada, sino que le daban el pie para que hiciese brillar el calzado, no tuvo más remedio que callar.

Así con todo, había ganado tres pesos con cincuenta, que,



sumados a su reserva de diez, aumentaba la suma, acercándola a la cifra marcada en el cartoncito del escaparate.

Sin embargo, el ser poseedor de trece pesos con cincuenta, no le satisfacía plenamente y el hambre y el frío transformaron pronto su alegría en malhumor.

Aunque aun no había cerrado completamente la noche, pasóse la correa por su hombro contrahecho, apretó la lata de aceite vacía que le servía de asiento y, siempre con la vista en el suelo, comenzó a moverse con dolorosa lentitud. Anduvo unos pasos, luego, arrojando el cajón, irguióse en la medida que su deformidad le permitía y saltando violentamente, se tiró al suelo. Su cabeza chocó con la rojiza del Boche y su mano aprisionó a la par de la del otro, una cartera que había en el suelo.

Disputaron un rato. Cada uno defendía la posesión de los billetes que se veían en abundancia, dentro. Amenazaban con irse a las manos y dilucidar por la fuerza la adquisición de la cartera. A Bolita no le convenía esta solución porque sabía que nada podía hacer frente a la mole de músculos de su contendiente.

Por la esquina pasó el Cabo Roqués, y la vista del policía hizo mermar el fervor de riña que a ambos dominaba.

Sin soltar el extremo de la cartera, dijo Bolita:

—Juguémosela a los dados...

—¡Si yo la vi primero!

—Juguémosela, el que gana, se la "yeba", asunto arreglado!

El Boche se tenía fe, pero esa noche dudaba, notábase en él algo frío, más frío que la inexpresión de sus ojos y algo raro, desacostumbrada alteración de su cara de idiota. Quien le conociese bien, diría que estaba preocupado y triste.

Sin decir palabra, tomó el cubilete, abatió los dados y los arrojó al suelo.

—Seis, cinco, uno, tres, uno.

—¡Dieciséis!... ¡Ahora yo!

Serio, siempre la vista al suelo, Bolita juntó las piezas, movió el cubilete, y alzando la cabeza en su gesto de altivez, contempló el anillo que brillaba en su estuche de raso, y jugó:

Los cubos rodaron, chocando entre sí:

—Cinco, tres, uno, cuatro.

Un dado giraba aún: el que decidiría el juego. Fijos en sus movimientos agonizantes habían cuatro ojos: dos altivos y profundamente negros y otros sin expresión, vacíos y claros.

El dado cesó de moverse dejando ver en su cara superior una doble fila de puntos negros, seis en total.

Con un grito de triunfo y sin mirar al vencido, con el rostro vuelto hacia la vidriera como si el anillo lo hipnotizase en la certidumbre de que pronto sería suyo, exclamó Bolita:

—¡Te gané!

Se imaginó a Perlina gozando de las comodidades que le daría él con ese dinero que acariciaba blandamente en su bolsillo. Empezó a contar los billetes sin mirarlos, uno, dos, tres, uno, dos, habían grandes y chicos, de cien y de cincuenta, de cinco y de diez.

¡Qué diferencia con los sucios billetes de un peso que tenía en el otro bolsillo y pesaba como todas las monedas, ¡pero valía mucho más! Soñó con Perlina, olvidó el mercado, la ciudad, el Cabo, a todos y pensó en Perlina... y en los billetes que humedecía con el sudor de su mano.

—Le voy a dar algo al Boche, veinte "guitas" para que "bronque" — y alargó la mano con el níquel. Bolita miró al muchacho que estama inmóvil enfrente suyo. Sus ojos claros eran ahora turbios; su cara de opa estaba bañada en lágrimas.

—¿Qué te pasa?

—La vieja, ¿sabés?, la que escupiste vos aquel día, bueno, está muy mal, se va a morir... y, este, el "doctor" no viene gratis... y... este... ¡Claro!, en la farmacia no dan los remedios de balde... y... ¡es mi mamá!

Bolita lo miró fijo, volvió a mirar el anillo. ¿Qué le importaba a él la muerte de esa vieja con olor feo? A él sólo le interesaba el anillo.

—¡Es mi mamá!... — repetía tartamudeando.

"Su mamá... Mejor. El no la tenía mejor... el anillo y Perlina, nada más".

—¡Es mi mamá! ¡Es mi mamá!

—Tomá, Boche; agarralo antes que me arrepienta... ¡Es para vos! ¡Caramba! — gritó al notar la indecisión del otro.

El Boche tomó maquinalmente la cartera y se alejó unos pasos, murmurando a manera de excusa:

—¡Es mi mamá, mi mamá!

—¡Boche, vení, tomá!... Pa qué lo quiero... ¡tomá, te digo!...

Bolita Cachuza agregó al valor de la cartera hallada el dinero que ahorrara, moneda a moneda, durante todo el tiempo en que pensara obsequiar a su Perlina con el anillo que...

Pero el dueño de la joyería bajaba lentamente la cortina metálica, mientras que Bolita, aturdido por su acción y disculpando su prodigalidad, decíase:

—Es para su "mamá", su mamá"... — y justo con la aparición del primer foco eléctrico encendido, se borró de su vista el verde reflejo de la piedra del anillo.

POR

RAUL GOLDSTEIN

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

El Nuevo Ricc ★ *por Héctor Rodríguez*













TAMAÑO NATURAL EN MARMOL

POR

EVELYN NESBIT

ILUSTRACION DE SORAZABAL

Un relato fantástico. La prodigiosa historia de un hombre, de una mujer, de una soledad, de una torpe leyenda y de un crimen cometido por una estatua

AUNQUE todo este relato es verídico hasta la desesperación, no espero que la gente lo crea. Hoy en día se requiere una explicación racional antes de que toda credulidad sea posible. Permítaseme entonces ofrecer la "explicación racional" que ha obtenido el favor de la mayoría de la gente que ha oído esta historia. Se sostiene que Laura y yo fuimos víctimas de una alucinación en esa noche del 31 de octubre: esta suposición coloca el relato en una satisfactoria y creíble base. El lector, cuando conozca mi historia, juzgará hasta qué punto constituye ésta una "explicación" y hasta qué punto, también, es ésta racional. Fueron tres las personas que tomaron parte en ella: Laura, yo y otro hombre.

Jamás había sabido en toda mi vida lo que significaba tener el suficiente dinero que se requería para proveer las más ordinarias necesidades — buenos colores, libros y tarifas de coches... —, y cuando nos casamos comprendimos demasiado bien que sólo podríamos vivir mediante una estricta puntualidad y atención en los negocios. Yo pintaba en aquellos días y Laura escribía, y estábamos seguros de poder vivir por lo menos decentemente. Establecernos en la ciudad estaba fuera de toda posibilidad, de modo que comenzamos a buscar un "cottage" en las afueras, el que debía ser, al mismo tiempo, sano y pintoresco. Es tan raro que esas dos cualidades se encuentren en un solo "cottage" que nuestra búsqueda resultó, por algún tiempo, infructuosa. Estábamos tan mistificados y confundidos por la elocuencia de los agentes de propiedades y por los varios ultrajes a la belleza que habíamos contemplado, que dudo mucho de que alguno de nosotros dos, en la mañana de nuestra boda, conociera la diferencia existente entre una casa y una parva de heno. Pero una vez lejos de los amigos y de los agentes de propiedades, nuestras mentes se tornaron claras y conocimos la belleza de un "cottage" cuando al fin vimos uno. Estaba en Breuzett, una pequeña aldea situada en un cerro, contra las lagunas del Sud. Habíamos llegado hasta allí, desde nuestro alojamiento, para ver la vieja iglesia y en nuestro paseo encontramos la casita. Era un edificio amplio y bajo, y los cuartos estaban colocados en los lugares más inesperados. Un poco de piedra, cubierta de hiedra y musgo, y dos grandes habitaciones, era todo lo que quedaba de la gran construcción que una vez existió allí. Sin las rosas y los jazmines que florecían en el jardín, hubiera sido horrible; pero así como estaba era encantadora y, luego de un breve examen, la tomamos. Era absurdamente barata. Pasamos el resto de nuestra luna de miel en continunas excursiones hasta la ciudad, visitando mueblerías de segunda mano, eligiendo piezas de roble y sillones Chippendale para amueblarla, y poco a poco las habitaciones con ventanas enrejadas fueron convirtiéndose en hogar. Desde la ventana se podían ver las praderas y más lejos, la línea azul del mar. Eramos completamente felices y nos dedicamos a trabajar mucho antes de lo que esperábamos. No me cansaba nunca de bosquejar la vista de que disfrutábamos y Laura tampoco se cansaba de hacer versos en los que yo aparecía siempre.

Conseguimos una vieja y alta mujer para el trabajo doméstico. Su figura era buena, aunque su cocina era de lo más simple; pero entendía mucho de jardinería y nos contaba muchas cosas acerca de los contrabandistas y de los montañeses, y, mejor todavía, de las "cosas que caminaban" y de los "suspiros" que se oían en el valle, en las noches estrelladas. Constituyó una gran ayuda para nosotros, pues Laura detestaba el quehacer doméstico tanto como yo adoraba el folklore. Pronto comenzamos a dejarle todo el trabajo a Mrs. Dorman y a utilizar sus leyendas en pequeños cuentos para las revistas que nos produjeron tintineantes guineas. Hacía ya tres meses que disfrutábamos de completa felicidad. Una noche, yo había bajado a fumar una pipa con el doctor, nuestro único vecino, un agradable y joven irlandés. Laura se había quedado en casa, terminando un cuento cómico para el "Monthly Marplot". La dejé riéndose de sus propios chistes y cuando volví, la encontré llorando, acurrucada en la ventana.

—¡Cielos, querida! ¿Qué sucede? — grité, tomándola en mis brazos. Ella apoyó su cabecita obscura en mi hombro y siguió llorando. Nunca la había visto llorar antes — siempre habíamos sido tan felices, ustedes saben —, y sentí la seguridad de que alguna desgracia había sucedido.

—¿Qué pasa? Habla, por favor.

—Es Mrs. Dorman — sollozó.

—¿Qué ha hecho? — pregunté inmensamente aliviado.

—Dice que tiene que irse antes de fin de mes, porque la sobrina está enferma. Ahora ha ido a verla; pero no creo que sea esa la verdadera causa, pues la sobrina ha estado enferma desde que vinimos. Yo creo que alguien la ha predispuesto en contra de nosotros. Su continente era tan extraño...

—No importa — le dije —, no llores, o tendré que llorar yo también y nunca más respetarás a tu marido.

Ella secó obedientemente sus ojos en mi pañuelo y hasta sonrió débilmente.

—Pero tú ves — continuó — que éste es un gran inconveniente. La gente de aldea es tan unida que si uno se niega a hacer una cosa, los otros se negarán también. Y yo tendré que cocinar y lavar los odiosos platos engrasados y tú tendrás que acarrear baldes de agua y limpiar los botines y los cuchillos y ya no tendremos tiempo para trabajar y ganar dinero.

Yo traté de que comprendiera que aunque tuviéramos que llevar a cabo todos esos menesteres, aun nos quedaría algún tiempo para algunas diversiones. Pero ella sólo veía la cuestión por el lado trágico. Era muy poco razonable; pero yo no la hubiera querido tanto si hubiera sido de otro modo.

—Ya le hablaré a Mrs. Dorman cuando vuelva, y veremos— le dije. — Quizás querrá que le aumentemos el sueldo. Todo saldrá bien. ¿Vayamos un rato hasta la iglesia?

La iglesia era muy grande y solitaria, y nosotros adorábamos el ir allí, especialmente en las noches de luna. Un largo sendero remontaba la cresta del cerro y rodeaba la iglesia. Lo llamaban "el sendero de los ataúdes", pues por largo tiempo fué el camino obligado de los que transportaban los cadáveres a sus sepulturas. El panteón estaba circundado por grandes olmos que levantaban sus majestuosas ramas en perpetua bendición a los muertos felices. Una pesada puerta de roble, claveteada de acero, conducía al interior del edificio, iluminado por la débil luz que se filtraba por las ventanas. Había dos figuras de mármol gris, una a cada lado del altar, representando a dos caballeros en armadura, sus brazos elevados en eterna súplica. Los nombres se habían borrado, pero se decía que habían sido los dos muy malvados, piratas de mar y de tierra y culpables de hechos tan pavorosos que la casa en que habitaban — a propósito, era la misma que antiguamente existía en el sitio de nuestro "cottage" — había sido derrumbada por el rayo, como castigo de Dios. Sin embargo, el oro de sus herederos les había asegurado ese lugar en la iglesia. Al contemplar la cruel expresión de sus rostros de mármol, todo eso se creía fácilmente.

Nos habíamos sentado silenciosos, contemplando la solemne belleza de la vieja iglesia y luego nos dirigimos hacia la cancel, deteniéndonos un momento ante los guerreros dormidos para siempre.

Cuando llegamos a casa, Mrs. Dorman había vuelto ya de la aldea y me apresuré a invitarla a un "tete--tete".

—Vamos a ver, Mrs. Dorman — le dije — ¿Qué es todo eso que me ha contado la señora?

—Nada, señor. Necesito salir antes de fin de mes — contestó con su acostumbrada dignidad.

—¿Tiene usted alguna queja de nosotros?

—No, señor, al contrario. Vd. y su señora han sido siempre muy buenos conmigo.

—¿Entonces?... ¿Considerará Vd. un poco bajo su sueldo?

—No, señor. Es suficiente para mí.

—Y luego, ¿Porqué quiere dejarnos?

—Es que... — dijo con alguna vacilación — mi sobrina está enferma.

—Pero ha estado enferma desde que Vd. vino. De modo que...

No hubo respuesta: hubo un silencio largo que me decidí, por fin, a romper:

—¿No puede quedarse por un mes más?

—No, señor. Necesito irme el jueves.

¡Y ya era lunes!

—Bien. Vd. debiera habernos advertido antes. No hay tiempo ya para conseguir otra y Vd. sabe que la señora no puede hacer trabajos pesados. ¿No puede quedarse hasta la semana que viene?

—Puedo estar de vuelta para la semana que viene.

En seguida comprendí que todo lo que deseaba era unas vacaciones, las que nosotros le concederíamos de buen grado en cuanto encontráramos quien la reemplazara.

—Pero, ¿por qué quiere irse precisamente esta semana? ¡Vamos, dígamelo!

Mrs. Dorman ajustó contra su pecho el chal que siempre usaba, como si tuviera frío. Luego dijo, con algún esfuerzo:

—Dicen, señor, que ésta fué una gran casa en los tiempos católicos y que sucedieron muchas cosas aquí.

La naturaleza de las "cosas" se podía adivinar vagamente por la expresión de su voz. Me alegré de que Laura no se hallara en la habitación. Era muy impresionable y yo sabía que esas leyendas acerca de nuestra casa, relatadas por la anciana con su contagiosa credulidad, le hubieran hecho menos querido nuestro hogar.

—Cuénteme todo, Mrs. Dorman — le dije —, no tenga reparos. No soy de las personas que se burlan de esas cosas.

Lo que era, en parte, verdad.

Y bien, señor — ella bajó la voz —. Usted habrá visto en la iglesia, a los lados del altar, dos figuras.

—¡Ah! Vd. se refiere a las efigies de los caballeros en armadura — dije, animándola.

—Me refiero a dos cuerpos de tamaño natural, en mármol, — contestó, y yo tuve que admitir que su descripción fué mil veces más gráfica que la mía.

—Dicen que en la noche de Todos los Santos se incorporan en sus pedestales y caminan a lo largo de la nave del templo "en su mármol" (otra buena frase, Mrs. Dorman) y así que el reloj da las once, dejan la iglesia y andan sobre las tumbas y el sendero de los ataúdes. Y si ha llovido, a la mañana siguiente se ven las marcas de sus pisadas.

—¿Y adónde van? — pregunté fascinado.

—Vuelven aquí, a su antigua morada, y si alguien se cruza en su camino...

—Siga, siga — le urgí.

Pero no. No conseguí que añadiera una palabra, excepto que su sobrina estaba enferma y debía irse. Después de lo que había oído, renuncié a seguir discutiendo lo de la sobrina y traté de obtener de Mrs. Dorman más detalles de la leyenda. No conseguí más que advertencias.

—Suceda lo que suceda, señor, cierre la puerta temprano en la noche de Todos los Santos y haga la señal de la cruz en el umbral y en las ventanas.

—¿Pero alguien ha visto alguna vez esas cosas? — insistí.

—No puedo decirlo. Yo sé lo que sé, señor.

—Bueno. ¿Quién vivió aquí el año pasado?

—Nadie, señor. La dueña de esta casa permanecía aquí en verano, pero siempre se iba a Londres un mes entero antes de "la noche". Y siento mucho molestar a usted y a la señora, pero mi sobrina está enferma y tengo que irme el jueves.

Comprendí que era inútil tratar de convencerla.

Nada dije a Laura de "las cosas que caminaban en su mármol". No deseaba hablar de eso hasta que hubiera pasado el famoso día. Pronto dejé de pensar en la leyenda. Estaba pintando un retrato de Laura y necesitaba concentrarme en el trabajo. Pintaba con mucho entusiasmo, pues el retrato estaba resultando espléndido. El jueves se fué Mrs. Dorman, deteniéndose al salir para decirle a Laura:

—No se preocupe demasiado por el quehacer, señora. Deje algunas cosas para cuando yo vuelva, que yo las haré con mucho gusto.

El jueves transcurrió muy bien. Laura mostró gran habilidad en lo referente a papas y asado, y yo confieso que los cuchillos y los platos que insistí en lavar, quedaron mucho mejor de lo que esperaba.

Llegó el viernes. Y dudo mucho de que yo hubiera creído lo que sucedió esa noche si alguien me lo hubiera contado. Yo lo relataré tan sencilla y ligeramente como pueda. No olvidaré nada.

Me levanté temprano y encendí el fuego. Mi mujercita entró corriendo a la cocina, tan fresca y dulce como esa clara mañana de octubre. Preparamos juntos el desayuno y encontramos que eso constituía una insospechada diversión para nosotros. Pero realmente extrañamos a Mrs. Dorman, aparte de las consideraciones concernientes a las ollas y a las sartenes. Pasamos el resto del día sacudiendo mis libros y colocándolos en orden, y cenamos alegremente asado frío y café. Laura estaba, si es posible, más radiante, más dulce y más contenta que de ordinario, y comencé a creer que un poquito de tarea doméstica le sentaba, realmente. Nunca habíamos estado tan alegres desde que nos casamos y el paseíto que dimos esa noche me pareció el más feliz de toda mi vida. Después que hubimos observado empalidecer las nubes escarlatas y la blanca nieve enredarse entre los cerros distantes, volvimos a casa, silenciosos, tomados de la mano.

—Estás triste, querida — dije al sentarnos juntos en la salita. Esperaba una negativa, pues mi silencio había sido el de una completa felicidad. Para mi sorpresa contestó:

—Sí. Creo que estoy triste o, por lo menos, incómoda. Creo que no estoy muy bien. He tiritado ya tres veces desde que entramos y no hace frío. ¿No es cierto?

—No. No hace — le contesté y esperé que no hubiera tomado frío durante el paseo. Luego, después de una pausa, habló nuevamente.

—¿Alguna vez has tenido presentimientos?

—No — contesté sonriendo. — Y no creería en ellos si los tuviera.

—Yo sí — continuó. — La noche que murió mi padre yo lo supe, aunque él estaba muy lejos, en Escocia.

Yo no le respondí con palabras.

Ella estuvo contemplando silenciosa el fuego, por un momento, oprimiendo mi mano. Luego se levantó y colocándose detrás mío, me tomó la cabeza en sus manos y me besó.

—Bueno, ya pasó — dijo alegremente. — ¡Qué chiquilla que soy! Vamos, encendamos las velas y ensayemos esos nuevos duetos de Rubinstein.

Y pasamos una hora feliz en el piano.

A eso de las diez y media comencé a extrañar mi acostumbrada pipa, pero Laura aparecía tan pálida que no juzgué conveniente llenar la habitación con el fuerte olor de tabaco.

—Fumaré mi pipa afuera — le dije.

—Deja que vaya yo también.

—No, querida: esta noche no. Estás demasiado cansada. No tardaré mucho. Ve a acostarte. La besé y me disponía a salir, cuando ella me echó los brazos al cuello y me oprimió como si ya no me fuera a dejar jamás. Yo le acariciaba el cabello.

—Vamos, vamos, estás completamente extenuada. El trabajo doméstico ha sido demasiado para ti.

Ella aflojó su brazo y suspiró.

—No. Hemos sido muy felices hoy, Jack. ¿No es cierto? No te quedes mucho afuera.

—No, queridita.

Salí al camino, sin cerrar la puerta. ¡Qué noche aquella! Brillaba una extraña luz gris sobre toda la tierra y los campos ostentaban ese misterioso resplandor que les infunde la luz de la luna. Yo me paseaba impregnado por la belleza serena de la tierra y del cambiante cielo.

Oí la campana de la iglesia. ¡Las once ya! Me volví para entrar de nuevo a casa, pero la noche me retuvo. No deseaba volver a nuestras tibias habitaciones aún. Iría hasta la iglesia. Pensé en que haría bien en llevar todo mi amor y mi agradecimiento hasta el altar adonde tantas penas y miserias habían sido conducidas en otros tiempos.

Miré hacia la ventana del "cottage" antes de irme. Laura estaba recostada en un sillón al lado del fuego. Estaba inmóvil, dormida quizás. Debía de existir un Dios, pensé, un Dios muy bueno. ¿De qué otro modo se explicaría, si no, la existencia de una cosa tan dulce y adorable como mi Laura?

Comencé a caminar lentamente por el sendero que conducía a la iglesia. Un ligero ruido quebró la tranquilidad de la noche: me detuve y escuché. El ruido también se detuvo. Volví a caminar y de nuevo oí distintamente un paso que respondía al mío. Algún cazador furtivo — pensé —. Me volví hacia el bosquecillo y ahora el paso parecía provenir del sendero que acababa de dejar. Será un eco, quizás — me dije —, y continué mi camino hacia la iglesia. Al llegar noté que la puerta estaba abierta y me culpé a mí mismo de no haberla cerrado la otra noche. Nosotros dos éramos los únicos que visitaban la iglesia en los días hábiles. Entré. Parecerá extraño, tal vez, que sólo después de haber llegado hasta la mitad del templo me acordara, con un súbito escalofrío, de que esos eran justamente el día y la hora en que, de acuerdo a la tradición, "las formas de tamaño natural en mármol" empezaban a caminar.

Habiendo recordado la leyenda, no podía hacer otra cosa que llegarme hasta el altar, solamente para mirar las efigies —como me dije a mí mismo— cuando, en realidad, lo que deseaba era tener la seguridad, primero, de no haber creído en la leyenda, y, segundo, de que esta no era verídica. Gozaba de antemano el momento de poder contar a Mrs. Dorman lo vanos que habían resultado sus temores y lo pacíficamente que dormían las figuras en esa "terrible hora". En la semi-oscuridad, el lado Este de la iglesia aparecía más grande que de costumbre y los arcos situados sobre las tumbas aparecían, también, más amplios. Un rayo de luna que se filtró en ese momento, me mostró la razón: me detuve de súbito, sintiendo que mi corazón latía locamente.

Los cuerpos de "tamaño natural en mármol" no estaban y sus pedestales se distinguían lisos y desnudos en la vaga luz que penetraba por la ventana del Este.

¿Se habían ido, realmente? ¿O yo estaba loco? Conteniendo mis nervios, me incliné y pasé la mano por los pedestales, tanteando sus lisas superficies. ¿Se habría llevado alguien las dos figuras, intentando una broma de mal gusto? Tenía que cerciorarme, de cualquier modo. En un segundo fabriqué una antorcha con un peridico que casualmente se encontraba en mi bolsillo, y prendiéndola, la levanté sobre mi cabeza. El resplandor amarillento iluminó los pedestales vacíos. Las figuras no estaban.

Entonces un horror indescriptible se apoderó de mí: tiré al suelo la antorcha y eché a correr a lo largo de la nave, mordiéndome los labios para no gritar. Salté la pared del panteón y tomé un atajo entre los bosques, guiado por la lejana luz de nuestras ventanas. Justamente al llegar al primer portillo, una figura obscura pareció surgir de la tierra. Transtornado aún por el terror, aparté vigorosamente a la persona que se interponía en mi camino, gritando: ¡Salga del paso!

Pero mi empellón encontró una resistencia que ciertamente no esperaba. Sentí que me tomaban de los brazos al mismo tiempo que se dejaba oír la inconfundible voz de nuestro amigo el doctor.

—¿Qué hace? — me gritó, con su acento irlandés.

—¡Déjeme, imbécil! — exclamé. — ¡Las figuras de mármol se han ido de la iglesia! ¡Le digo que se han ido!

El rompió a reír con todas sus fuerzas.

—Ya veo que tendré que recetarle algo mañana — dijo. — Vd. ha estado fumando demasiado y atendiendo a cuentos de viejas.

—Le digo que he visto los pedestales vacíos.

—Bien. Venga conmigo. Voy a lo de Palmer, que tiene la hija muy enferma; pero antes daremos una ojeada al interior de la iglesia.

—¡Vaya usted, si quiere! Yo vuelvo a casa, con mi esposa.

—No, señor. ¿Usted cree que yo voy a permitir que este contando a todo el mundo que ha visto animarse a dos pedazos de mármol? No, mi amigo, Vd. no hará eso.

El aire fresco, una voz humana y el contacto físico con seis pies de sentido común, me reanimaron un poco y consentí en volver a la iglesia.

Todo estaba tranquilo. Había un olor penetrante a tierra y a humedad. No me averguenza contar que al caminar hacia el altar, cerré los ojos: sabía que las figuras no estaban allí. Oí que Kelly encendía un fósforo.

—¡Vamos, hombre, allí están como siempre! ¡Mírelas! Usted ha estado soñando o bebiendo, seguramente.

Abrí los ojos. Por el descanso eterno de Kelly juro que vi a las dos formas de mármol en sus lozas. Suspiré hondo y le tomé la mano.

Le estoy profundamente agradecido — le dije —. Debe haber sido alguna jugarreta de la luz o, quizás se deba a que he estado trabajando demasiado. Usted ve, estaba tan seguro de que habían desaparecido...

—Ya lo sé — dijo él, gravemente —. Usted tiene que cuidar un poco más su cerebro, mi amigo. Se lo digo en serio. — Y diciendo así se aproximó a la figura de la derecha, cuyo rostro era el más villano y canallesco de los dos.

—¡Diablos! — exclamó —. Algo ha sucedido aquí. Esta mano está rota.

Así era. Yo sabía que la mano era perfecta la última vez que estuvimos con Laura.

—Quizás alguno ha tratado de moverlos — comentó el doctor.

—Vámonos — dije — o mi esposa va a intranquilizarse. Entre usted también a casa y tomaremos un poco de whisky.

—Debía de ir a lo de Palmer, pero es un poco tarde ya. Lo dejaré para mañana a la mañana. Vamos a su casa.

Sin duda el doctor juzgó que su presencia me hacía más falta a mí que a la hija dePalmer. Preguntándonos cómo había podido tener lugar una alucinación semejante, caminamos hacia nuestro "cottage".

—Pase — le dije cuando llegamos —. La salita estaba toda iluminada por innumerables velas, colocadas en los lugares más inverosímiles. La luz era el remedio que aplicaba Laura a sus nervios. ¡Pobre criatura! No debía haberla dejado sola.

Paseamos la mirada por la habitación, y al principio, no la vimos. La ventana estaba abierta y la corriente hacía ondear las llamas de las velas, todas en la misma dirección. Su sillón estaba vacío y el libro y su pañuelo habían caído al suelo. Me volví hacia la ventana. hí estaba Laura: había caído para atrás, sobre la mesa que estaba al lado de la ventana y en sus ojos, muy abiertos, se retrataba un espanto indescriptible. ¡Oh, mi pequeña, mi amor! ¿Habría ido allí a esperarme? ¿Y qué sería lo que había entrado en la habitación, detrás de ella? ¿Hacia quién se había vuelto con esa intensa expresión de horror? Había creído que era mi paso el que oía y se había vuelto para encontrar... ¿qué?

El doctor se abalanzó hacia ella, pero yo lo aparté bruscamente y la tomé en mis brazos. La estrujé y la besé, llamándola en todos sus nombres preferidos, aunque creo que sabía desde el principio que estaba muerta. Las manos estaban fuertemente apretadas: en una de ellas aprisionaba algo estrechamente. Cundo estuve completamente seguro de que ella estaba muerta y de que nada importaba ya, dejé que el doctor le abriera la mano para ver qué era lo que oprimía.

Era un dedo de mármol gris.

UNA ESPADA EN LA ORILLA IZQUIERDA

POR

MANUEL PEYROU

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★

EL inspector Juan José Evaristo Ducroix caminaba a las 10 de la noche por la calle Rívoli. Era un hombre alto, con cierto blanqueo en las sienes, ojos negros y mentón hendido; un hombre sin edad y sin bigotes: combinación sugestiva y curiosa a la vez, porque en París llevan bigotes casi todos los hombres sin edad.

Caía una lluvia fina, que se había desatado por la tarde, después de una mañana radiante. Calculaba que las suelas de sus zapatos resistieran al agua hasta llegar a su casa.

No pensaba que bien pronto se iba a ver envuelto en el misterio de dos crímenes, de esos en que los sabuesos galos, después de husmear concienzudamente todos los rincones, proclaman el sentencioso "Cherchez la femme?" Y que esa mujer — suponiendo que existiera —, iba a librar una de esas luchas terribles en que todo se pone a prueba, inclusive el amor filial... Al cruzar el puente vió algo que lo paralizó. Sobre la borda de una barcaza amarrada al murallón había un hombre con el cráneo destrozado.

El inspector Ducroix estuvo por cerrar los ojos, archivar el suceso, olvidarse de su profesión y continuar su marcha. Pero el sentimiento del deber (que siempre acude al espíritu de un francés en el momento decisivo, sea la batalla de Austerlitz o una entrevista con el sastre) lo detuvo. Lanzó un largo anatema en el que envolvió a todos los criminales, a todos los horarios, todos los jefes, a todas las circunstancias de la vida que le impiden a uno llegar a su casa con los pies secos. Después sacó el silbato y sonó tres veces.



Por la calle mojada aparecieron los bigotes del agente Dufresne. Después apareció otro y dos o tres curiosos. Con la ayuda de una soga trenzada bajó el agente Dufresne y volvió con el cuerpo del individuo. Estaba muerto y parecía haber caído o haber sido arrojado desde lo alto del murallón.

—¡Mire usted! — gritó uno que se había acercado y miraba el agua con atención. — La canasta del florista del teatro Miracle.

Dufresne volvi a bajar y subió una gran canasta que flotaba en el agua.

—Es la canasta del "pére" Francois, el florista — agregó el individuo. — Hace un rato lo vi salir del teatro y venir para acá.

Ducroix ordenó a Dufresne que condujera el cuerpo a la comisaría del distrito 14 y tomando la canasta se dirigió al teatro. Quedaba apenas a 150 metros del río, sobre la calle de Bourgogne. La luz endeble de los picos del gas tembla en sus grandes globos amarillentos, con una periferia de sombras. Las letras del nombre chorreaban luz mojada. En la puerta había un individuo de uniforme y de aspecto imponente.

—¿Conoce usted esta canasta? — interrogó Ducroix.

—Sí, señor — dijo el portero —, es la canasta del "pére" Francois. Hace un rato que salió por la puerta del servicio para el lado del río. Hace tres días fué tomado para ayudar a la limpieza y se le asignó alojamiento en una pieza del fondo.

Entraron por la puerta lateral, traspusieron un corredor, subieron una empinada escalera, que se quejó bajo sus pies, y entraron en una pieza llena de fotografías viejas y recortes de periódicos. El hombre grande e imponente estuvo a punto de desmayarse. Sobre el piso estaba el cuerpo de un hombre con la cabeza y los brazos cortados. Era grueso, de un alto más o menos parecido al encontrado en el río. El cuello parecía haber sido limpiamente traspasado, como por la espada de un "preux" de Carlomagno. Algunas manchas de sangre partían desde el suelo y llegaban hasta una silla, pero ésta estaba limpia. Ducroix examinó la pieza: era chica, obscura, con una cama en el lado opuesto a la puerta. No encontró armas; pero sobre la sama había impresiones digitales sobre manchas de sangre. Ducroix dejó una guardia y bajó en busca del gerente. Este era Whertheimer, el judío, dueño de varios cabarets en Montparnasse.

El teatro era pequeñe, lujose, recién construído; su hall central se comunicaba con el bar "Lapin d'Or", que en realdiad pertenecia al mismo propietario. Allí iban las coristas, después de la función, y allí obtenían un éxito que difícilmente repetían en el escenario. Desde el interior del teatro no se poda pasar al bar; era preciso salir al hall.

Estaban en el segundo acto de una comedia entre vodevilesca y realista. Un marido se enamoraba de la hermana de su mujer. La hermana de su mujer se enamoraba del hijo de su hermana. El incesto y el adulterio letían en la atmósfera. Un honesto Lulú de Pomerania era el único personaje no complicado en aberraciones.

El acto transcurría en una lujosa biblioteca con muebles antiguos; en la pared, una panoplia con dos espadas cruzadas.

Dos personas parecían despreciar este brillante espectáculo. Estaban en el bar. El primero era gordo, alto, con gran bigote y tomaba el inevitable Dubonnet: era francés; el segundo era alto, atlético, delgado, con una cara pálida que las negras cejas matizaban sobre la inexpresividad de sus ojos claros; tomaba el inevitable whisky: era inglés. Parecía un poeta por el aire intelectual y la delicadeza de sus rasgos, aunque cierto atildamiento, no rebuscado, por cierto, podía fácilmente hacer que se le tomara por un lord.

El caballero francés padecía un tic nervioso: continuamente guiñaba un ojo. Por lo demás, su fisonomía era común, salvo una nariz garrafal, de esas que el destino nos inflige de vez en cuando, en compensación, claro está, de alguna virtud interior — que nadie ve.

El bar era moderno, gris, brillante, con sillones de respaldo y brazos metálicos, de los que hacen pensar en el dentista.

El joven inglés se había dedicado a contemplar a su vecino, cuando las batientes de la puerta del hall se abrieron y apareció Ducroix junto al gerente del Miracle. El joven inglés reconoció al policía, porque los policías, en París como en Londres, son muy poco disimulados. Pero el caballero alto no pareció reconocerlo ni preocuparse por él. Siguió tomando su parsimonioso Dubonnet. Al último trago siguió un chasquido de su lengua, como un punto final.

Entonces el gerente se adelantó, con el aire respetuoso del chambelán que despierta al Príncipe de Silvania el día de su casamiento con la princesa de Rutenia. Con una sonrisa que le disloc la mandíbula, musitó:

con la princesa de Rutenia. Con una sonrisa que le dislocó la man-

Generale, desea hablar con usted.

—Pasemos a la Administración —dijo Ducroix.

El Conde, algo extrañado, se levantó y lo siguió. Salieron sin reparar en que el joven solitario los seguía. Cruzaron el largo corredor del lado opuesto y entraron en un salón grande, unos metros antes de la escalera que conducía al lugar del crimen.

Pero la puerta se volvió a abrir y apareció la cara del inglés.

—¿Qué desea usted? —interrogó Ducroix sordamente.

—Caballero: me llamo Lester Vane, y sospecho que se ha descubierto un crimen. Creo que se ha cometido con una espada; habría que encontrarla.

—¿Cómo sabe usted que se ha cometido un crimen, y justamente con una espada? —interrogó Ducroix, sin ninguna amabilidad y mirando al joven con aire de sospecha.

—En el primer acto —contestó el joven con naturalidad— hay dos espadas en el escenario; en el segundo una de ellas había desaparecido; después lo veo a usted, que tiene una cara de policía que mata ladrones a veinte pasos, y es lógico que haga una deducción.

—Acepto su colaboración, Mr. Lester Vane, ya que supongo que es usted un detective amateur —contestó Ducroix con cierta blandura.

—Conde Alfred de Michelet —continuó después— usted es una de las pocas personas que entran habitualmente a los camarines. ¿Puede usted informarme si entre 10 y 11 notó algo extraño?

El conde se quedó hablando con Ducroix, y Lester Vane se dirigió a la pequeña escalera. Subió y entró a la pieza. El hombre asesinado estaba de espaldas y una línea de sangre salía del cuello y llegaba hasta la silla.

Ya hemos dicho que la pieza estaba adornada con cuadros viejos y recortes de diarios. Hasta hacía tres días había sido ocupada por la modista, que ahora tenía su pieza en el piso bajo. Frente a la puerta estaba la cama, y a un costado un gran retrato de una artista en la época de las mangas "gigot", cuando rubias fornidas paseaban la amplitud de sus bustos y la estrechez de sus cinturas por el Bois, levantando con la mano izquierda graciosamente la pollera y arreglando de vez en cuando el gran prendedor rectangular con la efigie de un caballero muy serio, de barba negra y cuadrada (a quien con precario y mimoso inglés llamaban "darling").

Lester Vane se olvidó del crimen y se puso a mirar esas poéticas fotografías.

Un rumor de pasos lo volvió a la realidad. Una muchacha delgada, morena, de ojos acerados, se quedó bajo el dintel. Miró con espanto al hombre asesinado; después se llevó las manos a la cabeza y bajó dejando un reguero de gritos.

Ducroix y el gerente salieron a tiempo para atajarla. Vane también bajó y entró en el salón. La Administración era una pieza grande, con sillones de cuero azul y una gran mesa sin papeles.

—Lo que más me llama la atención —dijo Ducroix rascándose la cabeza con un aire perplejo— es la ferocidad demostrada por el asesino o los asesinos. ¿Qué necesidad tenían de cortar la cabeza y los brazos? Además, en el cuerpo encontrado en el muelle, la cabeza está destrozada completamente.

—¿Qué iba a hacer usted a la pieza? —dijo después volviendo la cabeza hacia la muchacha.

—Iba a buscar flores, simplemente. Como ha terminado el segundo acto, tenía diez minutos.

—Ya veremos de aclarar eso después de la función —agrego Ducroix—. Por lo pronto, no diga nada de lo que ha visto. No vale la pena alarmar a los demás.

Todo lo averiguado hasta entonces era que el florista François había salido a las diez de la noche con su canasta hacia el río. El portero lo atestiguó, y los chauffeurs que esperaban enfrente pudieron ver, a pesar de la lluvia su capa y su sombrero. Diez minutos después Ducroix había encontrado un hombre con el cráneo destrozado cerca de la canasta del florista.

Instantes después llegaron los datos sobre el hombre encontrado en el río. Era un tal Pierre Lafrisse, con puesto de verdura en el mercado del Faubourg Saint-Antoine. Se supo algo más: había escapado tres meses antes con la hija del "pere" François, corista de un teatro de variedades, por lo cual el padre y el raptor se habían amenazado mutuamente. El gerente de un Biard cerca de Saint-Philippe-du-Roule, aseguró haberlos visto irse a las manos en una ocasión.

Ducroix escuchaba los datos por teléfono en el ángulo de la habitación, mientras de Michelet parecía vivamente interesado y Lester Vane divagaba.

Lleve todo ese dinero a la comisaría y busque algún otro dato. —Y luego, colgando y dirigiéndose a Vane—: Dicen que han encontrado 40.000 francos en una pieza que tenía el "pere" François. He ordenado que vigilen la casa; seguramente antes de darse a la fuga irá a buscar el dinero. Con estos individuos siempre pasa lo mismo: viven miserablemente y después resulta que tienen más dinero que uno.

En un sillón de cuero estaba el conde de Michelet fumando distraídamente y mirando los giros del humo que despedía entre sus grandes bigotes. Y sus bigotes, donde se enredaba el humo, parecían el pasto cuando se quema. En cierta ocasión a Vane le pareció que le guiñaba un ojo. La mesa llena de papeles estaba en el centro, otros tres sillones de cuero azul rodeaban la mesa. La luz entraba por una gran claraboya, y desde el lado contrario a la puerta podía verse el escenario por una pequeña mirilla.

Ducroix se dirigió a M. de Michelet con el tono más amable:

—Sólo nos queda esperar la detención de Francois— dijo convencido—. Le presento mis excusas por haberlo detenido un instante; pero era necesario asegurarse sobre todas las personas que entran habitualmente al escenario y a los camarines.

—M. Ducroix —agradeció, efusivamente el conde—. No tiene usted nada que disculparse. Voy al bar a terminar mi vaso; estaré ahí a sus órdenes. Y salió con aire aplomado y gesto solemne; pero al pasar frente a Vane, éste vió claramente que le guiñaba un ojo.

—El conde pasaba una mensualidad a la hija de Francois —agregó Ducroix—; pero esto no tiene importancia. Creo que el conde no sabe nada del asunto.

Sin embargo, Vane insistió en obtener datos sobre M. de Michelet. Ducroix lo conocía muy bien. Er aoriginario de Tours y llegó a París, a estudiar, a los 15 años. A los 20 se enamoró de la hija de un profesor, con una pasión devastadora. La familia lo mandó llamar. Como no podía olvidarla, volvió y se casó con ella. Como ni aun así pudo olvidarla, y era muy celoso, la vida se les hizo insoportable. Después de un divorcio accidentado, partió hacia América. Diez años después volvió, "avec l'argent gagné dans les prairies liriques".

El nombre me parece un poco sospechoso —dijo Vane.

—Sí —contestó Ducroix—; para ser aristocrático no hay duda de que le falta algo; y para definitorio le sobra la última sílaba.

—¿Es muy gastador?

—Gasta una fortuna en mujeres. Como es muy vanidoso, cuando alguna mujer cae bajo el radio de acción de su guiñada, nunca confiesa que es una cosa involuntaria, y le compra flores y la convida. Esas guiñadas le están costando una fortuna —terminó humorísticamente; pero en seguida se quedó serio, porque el crimen lo preocupaba ahora intensamente, aguzando su vanidad de detective. Faltaba una hora aun para que terminara la comedia. Vane se levantó y arrojó su cigarrillo.

—Voy a dar una vuelta —dijo a Ducroix—. Volveré para la salida del teatro, porque me esperan. Para entonces ya tendrá usted noticias... o las tendré yo.

Se puso el impermeable, encendió un nuevo cigarrillo y salió. La calle estaba desierta. El viento arreciaba, de modo que la lluvia parecía ahora volar en vez de caer. Caminó hasta el Sena y se detuvo un rato contemplando las luces de la orilla derecha.

Hacía quince años que venía a París regularmente. Y debemos suponer —y este era el caso— que cuando un joven inglés que practica el monólogo interior viene a París, lo hace con el objeto de que se convierta en diálogo. Siempre hacía lo mismo, siempre tal calle lo emocionaba, tal otra le inspiraba viejas reminiscencias.

Aquella tarde había estado en los barrios nuevos, en el Champ de Mars; después almorzó en Marguery; finalmente, por milésima vez tomó un ómnibus y se dirigió al Louvre. Estuvo una hora, y al salir escuchó una frase:

—Ya ve usted, todo es imperfecto: la Venus es estupenda, pero le faltan los brazos.

Su espíritu frío y anheloso a la vez se sublevó ante la tontería.

—Es perfecta porque le faltan los brazos —había dicho. Y sin pensar se encontró discutiendo con un desconocido.

—¿Podemos nosotros imaginar cómo eran los brazos de la Venus? Sí; pero toda idea nueva rompería la imperfecta perfección actual. Es preferible para mí esa seguridad de brazos cortados a la inseguridad de una hipotética perfección. Siempre he pensado que esa simetría providencial de los brazos sirve para ocultar una imperfección menor.

El interlocutor lo había escuchado pacientemente, y al final se había despedido muy asombrado de que un caballero inglés le dirigiera la palabra con tanto énfasis.

Vane miró el reloj: la comedia debía estar por terminar. Se había alejado impensadamente; para cortar camino volvió por la Avenue de L'Alma. El malhumor del tiempo pasaba; la lluvia disminuía. Una muchacha tan fina que podía pasar entre las gotas de la lluvia caminaba adelante. La alcanzó y apuró el paso. Y no miró siquiera a la Venus nocturna, porque el recuerdo de la conversación sobre la otra, la del Louvre, le había inspirado una idea sobre el crimen. Llegó cuando la gente salía. Hendió los compactos grupos y se dirigió a alguien que lo esperaba; dió una cita para una hora más tarde y fué en busca de Ducroix.

—Hemos detenido a la hija —dijo éste cuando lo vió llegar— iba a la pieza del "pere" Fraincois con el fin de retirar los 40.000 francos, seguramente.

Después presentó a Vane a M. Curvoisier, jefe de policía de París, que había llegado con su estado mayor. M. Curvoisier era el típico jefe de policía francés; es decir, que no parecía jefe de policía, sino auxiliar de ministerio, o segundo jefe de la Dirección de Puentes Colgantes, o subencargado de despacho de la Subsecretaría de Negocios Coloniales, o tercer ayudante del subjefe de la Inspección de Mansardas.



Llevaron a la muchacha, que era pelirroja, baja, con las mejillas hundidas y los ojos enrojecidos, hasta la pieza del crimen. Examinó cuidadosamente el cuerpo y no lo reconoció. Agregó que jamás había visto a su padre con una persona así. Lloriqueó un instante y después confesó que su padre le había telefoneado una hora antes, ordenándole que recogiera los 40.000 francos y los guardara hasta nueva orden.

Ducroix, que se acordó de pronto que la hija de François había sido amante del conde, lo mandó buscar. El agente volvió diciendo que no estaba. Ducroix se puso furioso.

—El conde debe saber quién mató al desconocido —mugió sordamente.

—Suponga usted —contestó Lester Vane con aire distraído— que el crimen fué cometido por dos personas. El conde, con su fuerza hercúlea, decapitó al desconocido. Luego el "pere" François se llevó la cabeza y los brazos.

—¿Esa es una hipótesis? —preguntó Ducroix contento.

—Sí, pero no es verdadera; porque queda sin explicar el corte de los brazos. Ademas, no aclara el primer asesinato, ni los motivos que hubiera tenido el conde.

—Tiene usted razón; yo creo que la única hipótesis verdadera es ésta: el "pere" François asesinó al desconocido; después salió, como lo atestiguan cuatro personas, llevando la cabeza y los brazos, y los arrojó al agua. El otro individuo podía ser su cómplice, y de él se desembarazó allí mismo. Sobre todo si sabemos que siempre andaba peleando con Lafrisse. Además, Marguerite ha confesado que su padre le encargó que recogiera el dinero.

—¿Habían dicho a Marguerite que Lafrisse fué encontrado muerto? —interrogó Vane como al pasar.

—No, por supuesto —contestó Ducroix.

—¿Tiene el "pere" François un dedo menos en una mano o un tatuaje en el brazo?

—No sé.

—¿Cuál triunfa en caso de duda: el amor filial o el conyugal? —interrogó Vane de nuevo al sorprendido Ducroix.

—No me haga preguntas ajenas al caso, Mr. Vane; no sé cuál amor triunfaría, ni tengo tiempo para pensarlo.

—Por eso no descubre el crimen —terminó Vane con una sonrisa que le hizo mostrar los blancos dientes.

—¿Qué pretende usted insinuar? Basta que encontremos al florista asesino para que se aclare todo.

—No hay florista asesino.

—¿Y los dos crímenes, y el florista que sale con la canasta, y la confesión de la muchacha?

—No hay dos crímenes; no hay florista que sale con la canasta, aunque alguien sale con la canasta del florista; no hay verdadera confesión de la muchacha —continuó Vane con un francés detestable y con una lentitud desesperante.

El jefe de policía se acerco; todos rodearon a Vane, y por detrás de Curvoisier apareció la plácida figura del conde de Michelet con su nariz un poco más roja que de costumbre.

—El asesino tenía un problema: la identificación del asesinado hubiera producido su inmediata identificación, debido a ciertas circunstancias que los ligaban. Resolvió el asunto con la decapitación; y lo perfeccionó con el corte de los brazos. Esos brazos cortados inútilmente, me hicieron pensar que la víctima tenía algún defecto fácilmente identificable. Esa simetría de los brazos, pues, que significa una gran imperfección, sirve para ocultar una imperfección menor, que hubiera hecho descubrir el crimen.

Después se puso la capa del "pére" Francois y el sombrero. Colocó la cabeza , los brazos y la espada en la canasta y salió. Como llovía, el portero y los chauffeurs no distinguieron bien a quién miraban; les bastó reconocer la capa y el sombrero y pensaron que era el florista. Con ese sistema el criminal conseguía que se persiguiera por asesinato, al propio asesinado.

¿El "pére" Francois? — gritó Ducroix — y Marguerite entonces ¿por qué no reconoció el cuerpo de su padre? ¿Por qué dijo que lo había hablado para que fuera a buscar el dinero?

Y Vane, cuyos ojos lanzaron un destello gris:

—Por eso le pregunté a usted si estaba de parte del amor filial o del conyugal. Marguerite pensó en seguida que Lafrisse lo había asesinado. Si reconocía el cuerpo de su padre encerraban a su amante; prefirió plegarse a la maniobra de Lafrisse, porque no sabía el desenlace final en que su amante resultó muerto. Y el desenlace fué que Lafrisse se dirigió al río, arrojó la cabeza, los brazos y la espada; después sin querer tiró también la canasta; pero como ésta empezó a flotar se propuso recuperarla. En estos trámites perdió pie y se mató.

—Su novela es buena. Veremos si resulta confirmada — dijo Ducroix. Y ordenó que rastrearan el río.

Habría pasado una hora, durante la cual Vane fumó cigarrillo tras cigarrillo y miró la hora con una rgularidad matemática, cuando llegaron los agentes con una canasta. Traían una cabeza de hombre y dos brazos. Dufresne bladía una terrible espada, la misma sustraída de la panoplia del escenario. Colocaron la cabeza y los brazos en el cuerpo y el resultado fué Francois. De la mano izquierda faltaba el dedo anular. Curvoisier miró el rompecabezas resuelto y ordenó que trajeran a Marguerite.

El portero y dos o tres más reconocieron al asesinado; cuando llegó Marguerite, también lo reconoció.

Ante la evidencia M. Curvoisier abrazó a Vane, le besó primero una mejilla, después otra, y con grandes palabras le comunicó que pondría el hecho en conocimiento de las autoridades. Pensaba sin duda en la roseta de la Legión de Honor o en las Palmas Académicas, o en cualquier otra de esas cosas que los franceses emplean para sobornar al mundo, sin pensar en que las francesas ya lo tienen sobornado.

EL FANTASMA

SIEMPRE me ha gustado adquirir libros viejos. Hace algunos años compré uno cuyo pie de imprenta informaba haber sido editado en Gerona, por Antonio Oliva "impressor y librero en la calle de las Ballesterías", en el año 1549. Se titulaba "Tractado de phantasmas e trasgos" y era su autor Mosén Elías Rabí.

Llegado a mi casa, empecé a leerlo con interés, admirando la credulidad de la gente de otras épocas, cuando llegué a un capítulo que trataba de las apariciones provocadas.

El autor daba en pocas páginas la fórmula para obtenerlas: Se trataba de hacer una serie de círculos mágicos, pronunciando unas absurdas palabras al trazar cada uno de ellos y realizando unos pases al terminar el último se conseguía la aparición de un ser fantasmal.

Aunque no creía una sola palabra de lo que leía, decidí ensayar. Tracé con tiza un círculo en el suelo y pronuncié lo mejor posible la palabra indicada; tracé asimismo los tres círculos restantes con su correspondiente palabra y una vez terminados junté las manos y desde el suelo, con un movimiento ondulatorio y como si modelara una figura, fuí elevándolas hasta que se tocaron a la altura de un hombre de regular estatura. Y en ese momento apareció.

Al principio casi no llegué a percibirlo, pero sin embargo estaba allí delante mío. Su apariencia era como de cristal, pero sin reflejos o más bien como formado por una tenue sustancia gaseosa o de humo. Quedé asombrado pero no asustado; su aspecto no era como para atemorizar a nadie. Era de lo más insignificante y tenía un aire soñoliento que daba pena.

En seguida empezó a hablar. Con un fuerte acento español comenzó a relatar su vida. Esta no podía ser más vulgar y carente de interés. Había sido empleado público en España y su muerte había ocurrido el año anterior y cuando sólo le faltaban contados días para jubilarse. Y eso es lo que no lo dejaba tranquilo. Me refirió lo que él llamaba su desgracia, varias veces, en distintos tonos, aunque empleando los mismos giros. Después me interrogó acerca de donde estaba y porqué lo había llamado. Explicarle esto último me resultaba difícil ya que me daba perfecta cuenta de los pocos alcances del fantasma que me había tocado en suerte.

Esperé, sin embargo con interés, sus impresiones sobre la otra vida pero sus contestaciones me decepcionaron por completo. Se trataba de un espíritu primario —hacía unos seis mese de su muerte— y sus conocimientos estaban lleno de vaguedades; me dijo —con su tono monotono— que no había llegado aun a desprenderse de los prejuicios terrenales y que era mirado con desprecio por los otros espíritus con quienes trataba de relacionarse. Me contó que había sentido una llamada, que trabajosamente definió como un sonido de campana, y que sintió claramente que se lo llamaba; de pronto, se encontró en mi habitación y por eso me exigía le explicara para qué lo había llamado.

Le expliqué cómo había operado y entonces me pidió que lo hiciera volver otra vez a donde estaba. Por primera vez coincidí con sus ideas y deseos, y pasando las páginas del libro llegué al capítulo correspondiente a las desapariciones.

Y entonces surgió la dificultad. Aunque el libro estaba bastante bien conservado, faltaban dos hojas del capítulo que necesitaba. Al principio no me dí perfecta cuenta de lo que ello significaba, pero se comprenderá mi desesperación cuando comprobé lo grave de la situación que se me planteaba.

Cuando se enteró de que no podía hacer nada para reintegrarlo a su anterior estado, se puso furioso. Me recriminó por mi imprudencia al manejar cosas que no entendía y me dió un plazo para que tratara de arreglar su situación.

Traté en toda forma de conseguir la desaparición del molesto ser, pero mis esfuerzos resultaron inútiles y todos los ensayos fracasaron. Entonces, armándome de paciencia, traté en forma reposada de hallar una solución a este enredo en el que, como bien decía el fantasma, me veía envuelto por mi propia imprudencia.

Ante todo pensé que si bien al libro que yo poseía le faltaban las malditas páginas, aquel no sería, posiblemente, el único ejemplar que se conservaba en la actualidad. Encontrando otro libro similar, nada más fácil que enterarme del texto de las dos hojas ausentes del mío.

Escribí pidiendo datos a las más importantes bibliotecas del mundo, así como a algunos coleccionistas particulares, mas todas estas diligencias resultaron inútiles. Contrariamente a lo que hubiera deseado un bibliófilo maniático, tenía la desgracia de poseer un ejemplar único. Mi desesperación aumentaba día a día y así pasaron más de tres meses. Yo hacía aparentemente mi vida normal, pero mis nervios se crispaban de solo pensar en el regreso a mi casa, pues todo era entrar en ella y empezar a oir la voz monótona de mi acompañante, quien no hacía sino quejarse de su destino. Hay que reconocer que no le faltaba razón, pues su posición era evidentemente irregular ya que su lugar estaba en el otro mundo y nada tenía, por cierto, que hacer en éste.

—Póngase Vd. en mi caso— solía repetirme— a ver qué haría Vd. si, de golpe, se encontrara vivo y habitando en el mundo que dejé por su maldito llamado.

Le recomendé que, a fin de no aburrirse, saliera algunas noches (con lo que esperaba me dejaría descansar) y así lo hizo. Yo estaba vagamente esperanzado en que se extraviara y fuera a molestar a otro, pero desgraciadamente tenía un profundo sentido de la orientación y jamás equivocó el camino de vuelta.

Estos paseos fueron motivo de una nueva clase de reproches, esta vez evidentemente injustos. Se quejaba de que ya que lo había llamado, al menos lo hubiera llevado a su país pues así se consolaría, siquiera, viendo a los suyos. Traté de convencerlo de que yo no lo había llamado a "él" precisamente y en cuanto a lo de hacer un viaje a España en su compañía no sólo estaba fuera de mis posibilidades, sino que no me parecía serio viajar con un fantasma encerrado en un baúl ropero. Lo estimulé para que se fuera solo, pero él no quería separarse de mí, pues —decía— yo sabía su secreto y podría retornarlo a las regiones que eran su ambiente natural.

Viendo que tratándolo con afabilidad no conseguía sino quejas y reproches, decidí cambiar de táctica y hacerle la "vida" imposible, llegando hasta a insultarlo en más de una ocasión; entonces se manifestó como había sido siempre: humilde, tímido y asustadizo. Cuando en algunos arrebatos de cólera llegué a amenazarlo con abandonar mis tentativas de liberarlo, se arrodillaba a mis plantas y lloraba pidiéndome perdón.

Esta nueva modalidad era más insoportable que la anterior y me convenció de la necesidad de desprenderme de mi huésped de una vez por todas.

Entré en relaciones con un afamado oculista, a quien expuse el caso con claridad y previo pago de sus honorarios me dió una fórmula mágica, que una vez aplicada, resultó absolutamente ineficaz. Con su aplicación sólo obtuve que el fantasma adquiriese una tonalidad verdosa, bastante desagradable, pero no pude conseguir eliminar su intolerable presencia.

Un venerable sacerdote a quien, con las reservas del caso, expuse mi situación, se avino a realizar exorcismos creyéndolo un espíritu del mal, llegando a consumir unos dos litros de agua bendita, que mi fantasma recibía como si tal cosa y sólo consiguió arruinarme algunos muebles por efecto de la humedad. Además, organizó un plan sistemático de misas para el descanso del alma, cuyos efectos fueron tan ineficaces, para la desaparición del ser fantasmal, como la fórmula que el oculista me recomendara.

En vista del fracaso de estas tentativas me decidí a poner en práctica otro procedimiento que ya anteriormente había concebido, pero cuya explicación postergaba para el caso de no tener éxito con los ya ensayados.

Me decidí a estudiar el sánscrito. Había averiguado que las palabras que pronunciara al trazar los círculos, que provocaron la molesta aparición, pertenecían a aquella lengua. Llegando a dominar este idioma y conociendo el verdadero valor y significado de las voces que constituyeron el llamado, podría encontrar las palabras necesarias para provocar la desaparición.

Me empeñé afanosamente en el estudio del idioma y dediqué ocho horas diarias a esta tarea y tuve que pagar sumas elevadas a un profesor que difícilmente conseguí.

El esfuerzo desarrollado para dominar una lengua totalmente desconocida, a una edad que ha pasado de ser madura, hubiera hecho decaer las fuerzas de cualquiera que no hubiera perseguido la finalidad que a mí me guiaba. Pero mi voluntad triunfó al fin, llegando a dominar la antigua lengua, que no tuvo secretos para mí desde entonces.

Con tales conocimientos, traté de aplicarlos a los fines perseguidos y puedo afirmar que no fué sin cierto temor que inicié mis ensayos, pues sabía que estaba jugando mi última carta.

Las cuatro palabras que había pronunciado, cuando trazara los cuatro círculos que provocaron la aparición, significaban: "Ven", "tú", "el", "elegido".

Durante muchas largas sesiones tracé círculos mágicos colocando adentro de ellos al fantasma y pronuncié fórmulas en sánscrito cuyo significado en castellano era más o menos: Vete tú el elegido, retírate tú el elegido, márchate tú el elegido, desaparece tú el elegido, etc., etc.

Pero el "elegido" no desaparecía por más exhortaciones que formulaba para inducirlo a ello en una lengua que había necesitado ocho meses para aprender, con un horario de estudio que hizo peligrar mi salud.

Un día en que, habiendo dedicado varias horas a mis ensayos sin el menor resultado, y hallándome en un estado de depresión nerviosa intolerable, me resolví a descansar, el fantasma empezó a echarme en cara mi haraganería y falta de dedicación a la tarea que era mi obligación terminar.

El estaba inmóvil en el centro de los círculos y al mirar su rostro inexpresivo y su mirada apagada y escuchar las palabras injustas con que reprochaba mi legítimo cansancio, me exasperé.

Fueron tantos los insultos e improperios que le dirigí, en el idioma que había empleado durante toda la sesión, y tantas las frases que empleé para que se quitara de mi presencia que, seguramente, pronuncié por casualidad la frase necesaria para que la desaparición se produjera.

Cuando comprobé que se había marchado, fué tanta mi alegría que tal vez nadie pueda valorarla en su justo grado.

Tres años han transcurrido desde entonces; del odioso libraco no quedan ni las cenizas, he olvidado mucho del sánscrito y no obstante este lapso de tiempo, muchas veces veo de nuevo a mi ex-huésped con su mirada inexpresiva y su aire de idiota, pero felizmente estas representaciones sólo ocurren en sueños.

Al despertar y comprobar que no está a mi lado de nuevo, siento una gran alegría y me convenzo de que la vida no es tan mala después de todo.

POR

Carlos Pérez Ruiz

Ilustración de Rojas

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim

